

A man with short, styled brown hair and a light beard, wearing a dark navy blue suit, a white dress shirt, and a dark tie with small white dots. He is holding a glass of whiskey with both hands. A watch is visible on his left wrist. The background is dark and moody.

EL
GUARDAESPALDAS

MANU PONCE

EL GUARDAESPALDAS

MANU PONCE

Primera edición.

El guardaespaldas.

Manu Ponce

©Febrero, 2021

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

Sólo te dan una pequeña chispa de locura. No debes perderla.

—Robin Williams.

Para las chicas más especiales que conozco, las "de la tribu", esas que me acompañan en mi día a día a través de esta loca aventura de la escritura.

¿Qué podría decir de vosotras que no haya dicho ya? Poca cosa, porque me duele la boca de contar por aquí y por allá cómo sois de increíbles y con qué generosidad me mostráis vuestro apoyo.

Si pudiera elegir dónde volver a nacer, diría que a vuestra vera, eso lo tengo claro.

Chicas, cada una de vosotras sois el faro que me ilumina cuando me invade la oscuridad, ¡no me falléis nunca! Os quiero con locura.

Capítulo 1



—Darío, ¿estás bien? —me preguntó Peter, mi compañero y más diría, mi hermano durante el tiempo que ambos servimos como escoltas para aquel jeque en Arabia Saudí.

Qué curioso me resultaba recordar que Peter y yo no habíamos comenzado con el mejor de los pies. La casualidad quiso que antes de conocernos coincidiéramos en el avión de ida hacia ese lejano país, cinco años atrás. Pese a que Peter era inglés, estaba afincado desde hacía un año en Madrid, mi ciudad de origen, y hablaba perfectamente castellano, dado que su padre era español.

Caímos justo el uno al lado del otro y, nerviosos como estábamos, dada nuestra juventud, tuvimos un pequeño rifirrafe a consecuencia de un tropezón que yo di al salir al baño y que a él le sentó como un balonazo en el estómago.

Por más que quise excusarme, el tío estaba erre que erre y yo pensé en lo calmante que le resultaría un buen puñetazo en toda la boca. Poco sabía por entonces que de esa boca iban a salir a lo largo de aquellos años tal sarta de majaderías que me harían troncharme de la risa.

A bote pronto, sin embargo, me pareció un fanfarrón. Y mi sorpresa fue mayúscula cuando en el aeropuerto aquel chófer levantó el cartel con dos nombres (uno de ellos el mío) al que él también acudió.

Desde ese momento habían transcurrido cinco intensos años y, como digo, Peter se convirtió en una de las personas imprescindibles en mi vida.

No voy a decir que nuestra estancia allí fuera mala ni mucho menos, pero que echábamos de menos volver a Europa era un hecho. Yo tenía claro que mi destino, una vez me decidiera a dar por concluida aquella etapa, era Madrid. Y él también, pues el año que vivió en la capital de España le atrapó.

Volvíamos con un buen puñado de experiencias en la maleta y con unos sueños cumplidos que incluían un buen dinero ahorrado, dado que nuestros salarios durante ese tiempo fueron de lo más generosos.

—Sí, tío, estoy bien. Solo que un poco cansado y quizás...

—Un poco abrumado, ¿no? Lo imagino. A mí me pasa tres cuartos de lo mismo.

Durante ese tiempo juntos, viviendo en el palacio de un jeque que requería nuestros servicios y el de un buen número de escoltas más, nos habíamos apoyado en todo. Y además aprovechamos para perfeccionar el inglés y el castellano respectivamente, el uno con el otro. De ahí que mi amigo volviera sabiendo una cantidad de frases hechas que me llenaban de orgullo y satisfacción, como diría cierto rey emérito.

—Es que hace mucho tiempo, demasiado.

—Sí, yo al menos he vuelto en dos ocasiones, pero tú, siempre me ha llamado la atención que no volvieras a pisar España desde que nos fuimos.

—Sabes que las razones que me llevaron a marcharme no fueron precisamente bonitas, amigo.

—Lo sé, pero ha llegado la hora de que te enfrentes a tus recuerdos. Eloísa te espera y ni siquiera conoces a tus sobrinos, no me seas capullo.

Capullo y todo, mi amigo me ponía de vuelta y media cada dos por tres, pero no le faltaba razón. A mis 35 años, no había vuelto a poner pie en España desde hacía cinco, cuando mis padres fallecieron en un terrible accidente ocurrido durante un crucero turístico.

Mi hermana Eloísa, dos años menor que yo, se había casado durante ese tiempo y tenido dos niños; Sandro, que contaba con tres años y Jimena, de uno. Yo no conocía a mis sobrinos más que por fotos y por videoconferencia.

Eloísa no me había tenido en cuenta que ni siquiera volviera para su boda ni cuando nacieron sus niños. Mi hermana era muy echada para adelante, con una lengua mordaz, pero todo corazón. Ella entendía a la perfección que yo, que siempre estuve muy unido a mis padres, hubiera necesitado poner tierra de por medio.

No obstante, su complicada separación matrimonial me hizo replantearme las cosas. Bernabé, su marido, había resultado un cabronazo integral y osado ponerle la mano encima. Cuando Eloísa me lo contó supe que mis días en Arabia Saudí habían terminado.

Un juicio rápido llevó a mi cuñado a la cárcel durante una temporadita, lo que me dejó el margen suficiente para pedir el despido en el palacio del jeque y buscar un nuevo destino en Madrid. Mi hoja de servicio era completamente intachable, por lo que sabía que no tendría ningún problema en volver a emplearme.

No me equivoqué. En cuestión de dos semanas contactó conmigo el secretario de un importante empresario de la industria textil que precisaba los servicios de un escolta para que siguiera los pasos de su hija, dado que habían recibido ciertas amenazas en su círculo.

Con lo que yo no contaba era con que Peter hiciera también sus maletas y se viniera conmigo. En sus palabras, ya no hacía nada en Arabia Saudí sin su hermano del alma.

Tampoco tuvo mi amigo ningún problema en emplearse, si bien en su caso su destino sería el de cubrirle las espaldas a una anciana miembro de la aristocracia que, hasta donde sabíamos, no podía ser más marchosa.

—Eres un capullo con suerte —me dijo el día que supo dónde iría a parar él.

—¿Y eso? —Arqué una ceja y lo miré.

—¿Hace falta que te lo diga? Porque tú vas a estar todo el día con un bombón jovencito y yo con un carcamal, no te fastidia...

Visto así no me faltaban alicientes para volver a la que siempre fui mi ciudad. Lo digo en broma, porque si de algo me jactaba yo era de ser un buen profesional que jamás hubiera mezclado los términos. Siempre tuve en mente eso de que “donde tengas la olla no metas la...”, ya me entendéis, lo que rima, y así iba a seguir siendo.

Lo de reencontrarme con mi hermana sí que me apetecía una barbaridad. A ella también estuve siempre muy unido y fue lo que más sentí a mi marcha. Además, en ese momento contaba con el aliciente de conocer a mis sobrinos, unos niños a los que tendría que ganarme a marchas forzadas porque con ellos no tenía tiempo que perder (ya había hecho bastante el tonto en el sentido).

Si algo me fastidiaba de aquello era que un problema burocrático de última hora retrasó nuestra salida de Arabia Saudí. Yo debía incorporarme a mi nuevo puesto de trabajo el día anterior por lo que iba varias horas tarde.

Esa era la razón de que ni siquiera pudiera ver a mi familia antes de hacerlo, ya que debería ir como un tiro a la casa de mi nuevo jefe que, según tenía entendido, era poco menos que un palacete.

En cuanto a su hija, la había visto por fotos. Rubia de ojos claros, alta, esbelta, con estilo y una sonrisa capaz de hacer removerse a un muerto en su tumba. En fin, un caramelito que más de uno querría probar, por lo que ya me veía quitándole los moscardones de encima de dos en dos.

—¿Te veo el fin de semana? —me preguntó Peter al despedirnos en el aeropuerto, ya que no podíamos compartir taxi por dirigirnos hacia lugares opuestos de la capital.

—Me temo que esta semana me será imposible, no tengo todavía claros mis horarios y demás.

—Está claro, tío. No te preocupes, ya cuando tengas un poco organizado el tinglado me vas contando y yo lo mismo. Espero verte pronto. —Su abrazo parecía el propio de dos amigos que se despedían después de combatir juntos en una guerra.

Obvio que no veníamos de un conflicto bélico, pero nos marchamos para Arabia Saudí muy jovencitos y allí habíamos vivido situaciones más tensas que el pellejo de un tambor.

Mis turnos de trabajo serían de doce horas, lo que equivalía a que una semana permanecería con Ivonne (que así se llamaba la hija de Don Felipe, mi jefe), durante doce horas en horario de día y otra en horario de noche.

No quería ello decir, ni mucho menos, que fuera a dormir con ella, que hasta ahí podría haber llegado la broma, pero sí que permanecería en la casa durante sus horas de sueño y la acompañaría allá donde fuera a cenar, de marcha o demás.

Mientras el taxista le daba a la lengua, que me contó todo lo habido y por haber del panorama futbolístico del país que a mí ni me iba ni me venía, yo iba pensando en la poca gracia que debía hacerle a una chica de 22 años el vivir escoltada de día y de noche.

El caso es que tal circunstancia era nueva para ella y no sabía qué tal la iba a llevar, ojalá que bien.

El taxista me dejó delante de lo que, efectivamente, era una especie de palacete y no tardé en llamar a la puerta. Aquel casoplón, por mucho que fuera impresionante, poco tenía que ver con ese otro en el que me hospedé en Arabia Saudí, la residencia del jeque, un verdadero alarde de lujo.

Por suerte, en Madrid, mi trabajo sería bastante distinto y me permitiría contar con mi propia vivienda. Ya había contactado con una inmobiliaria que visitaría la semana siguiente. Mientras, y para que me adaptara al puesto, me alojaría allí mismo.

Una persona de servicio, uniforme con cofia incluida, me abrió la puerta. Su nombre era Manuela y parecía ser quien dirigía el cotarro. Yo ya tenía un máster hecho en esas cuestiones y sabía del peso específico que una buena ama de llaves tenía en una residencia de ese tipo.

Tal cual llegué, me recibió Don Felipe de Gomar Torreón, el que iba a ser mi jefe. El empresario, uno de los más prósperos del país, era un hombre amable que me hizo pensar que me sentiría bien desempeñando aquel puesto de trabajo.

—Te cuento un poco, Darío, mi hija llegó hace unas semanas de Estados Unidos, donde ha vivido todo este tiempo con su madre de una forma anónima; pero claro, en España no puedo permitir que vaya de allá para acá sin protección. De sobra sabes que soy un empresario muy conocido y temo por su seguridad.

—Hace bien, Don Felipe. No se preocupe, que yo me convertiré en su sombra, tengo entendido que acaba de incorporarse también el compañero que me hará el relevo.

—Sí, el otro guardaespaldas ha estado aquí ya esta noche. Se llama Gonzalo, pero, de todos modos, tengo que pedirte un favor que para mí es primordial.

—Dígame, por supuesto, no creo que haya ningún problema.

—Desafortunadamente, el chico ha sufrido un percance al salir de aquí esta mañana y se ha partido una pierna.

—No me lo puedo creer, pues sí que es mala suerte.

—Sí, más concretamente mala pata, diría yo, y tiene como para dos meses de convalecencia.

—Entiendo, pues sí que es una faena.

—Y tanto. Verás, cada persona tiene sus manías y yo tengo las mías, no iba a ser una excepción. Las condiciones del trabajo han hecho que se cuenten por cientos los currículums que he recibido durante todas estas semanas y, sin embargo, solo he seleccionado el tuyo y el de Gonzalo.

—Pues muchas gracias por la parte que me toca, señor.

—Te diré que, en su caso, es el hijo de uno de mis mejores empleados, por lo que lo tuve claro, son personas de mi confianza. En el tuyo, fue tu currículum el que me convenció.

—Gracias de nuevo. Siendo así, usted me dirá cuál es ese favor que quiere pedirme.

—Muy sencillo, pon la cantidad que quieras en este cheque y encárgate de la seguridad de mi hija a tiempo completo mientras Gonzalo vuelve a estar en activo.

—Su oferta es realmente tentadora, pero no me parece que sea justo subirme a la parra aprovechando esta circunstancia.

—Te lo agradezco y eso te honra, pero supongo que ya imaginarás que el dinero no supone ningún problema para mí. No ocurre lo mismo con la seguridad de mi hija, que esa me quita el sueño hasta el punto de entorpecer mi gestión diaria, de la que dependen muchas familias de este país.

Me paré a pensar en los posibles perjuicios que aquello me iba a causar y Eloísa, los niños y Peter fueron lo primero que se me vino a la cabeza. Le expuse la situación a Don Felipe y la entendió perfectamente.

—Podemos llegar a un acuerdo, si te parece. Mira allí —me señaló a un punto concreto de aquel extenso jardín que parecía la mismísima Selva del Amazonas—, ¿ves aquella casita?

—Sí, la veo.

—Puedes ocuparla durante esos dos meses y, en las horas en las que mi hija permanezca en casa, recibir las visitas de familiares y amigos que te plazcan. Igualmente, elige una noche de entre semana que dedicaré a cenar con ella para que puedas hacer algo de vida social también.

—Me parece correcto, la de los jueves no estaría mal.

—Pues que así sea, pero no veo que hayas puesto cantidad alguna en el cheque...

Habida cuenta de que durante aquellos dos meses me iba a ahorrar también el tener que pagar casa, multipliqué mi salario por dos y se lo pasé. Sin más, Don Felipe arrancó el cheque del talonario, lo hizo trizas y anotó el doble de la cifra propuesta por mí.

Mal pagado, desde luego, no iba a estar... Y el trabajo tampoco es que fuera a ser tan complicado, que lo tenía que desarrollar en Madrid y no en Afganistán...

Capítulo 2



—Ivonne, hija, qué bien que estés aquí, este es Darío. Ya estarás al corriente de que Gonzalo ha sufrido un percance esta mañana, por lo que él va a encargarse en exclusividad de tu seguridad hasta que puedan turnarse —le comentó Don Felipe tras hacerla llamar.

—Me parece espléndido, papi. —Se acercó y le dio un beso. Mientras lo hacía, noté que me echaba una miradita que no supe muy bien cómo interpretar.

Al margen de eso, espléndida era la vista que ella me ofrecía, porque si guapa me había parecido en fotos, a rabiarme me lo parecía en persona.

Para más inri, mostraba un look absolutamente desenfadado con aquella ropa deportiva de lycra que marcaba cada una de sus curvas.

Vaya tela, qué poquito se parecía Ivonne al jeque al que me había dedicado en cuerpo y alma a escoltar, con aquellos bigotes y barbas frondosas, igualito que la delicada piel de aquella chica.

Sea como fuere, y por mucho que su visión me alegrara la vista, yo no podría pensar en ella más que como lo que era; mi escoltada, y la hija de mi jefe.

Por las referencias que recibí de la chica en el dossier que me hicieron llegar cuando todavía estaba en Arabia Saudí, la joven había recibido una esmerada educación desde la cuna, que supo aprovechar al máximo, por lo que parecía ser que estaba llamada a convertirse en la digna sucesora de su padre.

Aquella primavera se acababa de incorporar al segundo cuatrimestre del curso de su último año universitario, en el centro más elitista de Madrid, como no podía ser de otro modo.

Siempre en palabras de su padre, fueron ciertas diferencias con su progenitora las que propiciaron que Ivonne cogiera las maletas, a pocos meses de graduarse en Estados Unidos, y se plantara en España.

A mí, que tan bien me había llevado siempre con mis padres, tal situación me chocó un poco, pero también podía entender que en todas partes cuecen habas y quizás la madre de aquella belleza, a la chita callando, se las trajera.

Don Felipe recibió en ese momento una llamada telefónica que atendió con premura.

—Lo siento, pero tengo que dejaros, mi asesor me reclama—nos comentó mientras le indicaba a Manuela que avisara a su chófer.

En cierto modo, quizás fuera lo mejor porque yo sabía de la importancia de conectar lo antes posible con la persona a escoltar y, una vez que Don Felipe y yo habíamos concretado los detalles referentes a mi puesto, era con Ivonne con quien me interesaba hablar.

—Señorita —le indiqué tal cual nos quedamos solos—, ¿existiría la posibilidad de que usted y yo charláramos un rato?

—¿En público o en privado? —Fue su pronta respuesta y puedo decir que, literalmente, me dejó helado pues no sentí las piernas, como diría Rambo.

—¿Perdón? No creo haberla oído con claridad.

—Sí, sí que me has oído alto y claro. Te he dicho que, si nos reunimos en público o en privado, tú decides.

—Creo, con toda sinceridad, que usted está confundiendo los términos de esta conversación.

—O quizás seas tú quien los esté confundiendo.

—No lo creo. Yo soy su escolta, no su amigo, ni su ligue, ni nada que se le parezca...

—Pues será porque tú no quieras, porque yo estoy segura de que nos lo podríamos pasar de escándalo —me soltó con un plus de descaro que debió caerle del cielo.

No podía creer lo que estaban escuchando mis oídos. Joder con la niña, que por otra parte no lo era tanto, pues contaba con 22 años.

—Señorita, me parece que tenemos que reconducir los términos de esta conversación, porque me están pareciendo desde todo punto incorrectos.

—¿Tan formal vas a ser todo el tiempo? Y yo que me había hecho ilusiones de que un macizo como tú, además, molara. Pero ya veo que no, no eres más que otro chupaculos de mi padre.

—¿Cómo me ha llamado? No voy a consentir ni una insolencia más.

—Y yo no voy a consentir que te creas con el derecho de invadir mi intimidad, espiándome de día y de noche. Si crees que me vas a poder controlar, Darío, la llevas clara.

Ni corta ni perezosa, Ivonne se levantó y salió por la puerta. Al llegar a esta, se volvió y me miró con su usual descaro. No pude pensar más que en una cosa; vaya lío en el que había metido.

Prefería a mi jefe anterior, que ese no quiso jamás pasarme el mostacho por ninguna parte de mi cuerpo, a Dios gracias.

Manuela entró en ese instante en la sala. Yo debía tener cara de alucinado.

—Perdone, me ha dicho Don Felipe que va usted a instalarse en la casita del jardín, se la tendré preparada en un santiamén, necesitaría una hora.

—Por supuesto, como si necesita más, no se preocupe, es usted muy amable.

—Gracias, pero no me llame de usted, por favor, no me siento cómoda.

—De acuerdo, siempre y cuando haga lo mismo, no hay ningún problema.

Me encanta la cercanía con la gente y así me sería más fácil estrechar lazos con la mujer que probablemente mejor podría informarme de los entresijos de una casa en la que, según iba viendo, las cosas no me iban a ser precisamente fáciles.

Mientras Manuela ordenaba que pusieran a punto el que iba a ser mi hogar durante los siguientes dos meses, otra chica de servicio, llamada Chus, se dedicó a enseñarme el casoplón que contaba con innumerables dependencias. Como anécdota, hablar de que estaba equipada con diez baños, por lo que nada tenía que envidiarles a aquellas “Villa Meonas” de ciertos famosos.

En otro orden de cosas, la impresionante biblioteca, digna de ser declarada de interés nacional, me dejó con la boca abierta. Ojalá tuviera oportunidad de enseñársela a Eloísa, que era bibliotecaria y seguro que fliparía con ella.

Las dependencias que Chus me comenzó enseñando eran las comunes, si bien pronto le comenté que necesitaba ver la casa al completo por razones de seguridad. No le mentí y jamás ha estado en mi ánimo cotillear sobre la vida íntima de mis escoltados. Pero es fundamental que uno conozca palmo a palmo el terreno donde va a desarrollarse su trabajo.

Ella accedió de buena gana y me fue enseñando una a una todas ellas, dejando para el final el dormitorio de Ivonne, que contaba con su vestidor y baño, como yo imaginaba.

—Señorita, ¿está usted ahí? —preguntó dando con los nudillos en la puerta.

Al no obtener respuesta alguna, insistió varias veces antes de atravesar el umbral de su puerta.

De hecho, bajó y se cercioró de que no estaba antes de atreverse a abrir.

—Me ha dicho Manuela que la señorita Ivonne está en la piscina climatizada. Si le parece, voy a entrar yo a ver si todo está en orden y después lo hace usted —me sugirió cuando volvió.

Me pareció lo suyo. Lógico que no sería plan de que Ivonne hubiera dejado alguna prenda íntima o similar a la vista y allá que me la encontrase yo. Hasta ahí todo correcto.

Chus entró y enseguida me hizo una indicación para que la siguiera. Di un paso al frente y me introduje en el universo Ivonne, un universo que, a priori, me pareció de lo más especial.

El dormitorio en cuestión, que contaba con una inmensa cama de dos metros de ancho, estaba decorado principalmente en tonos blancos, combinados con negros y ciertos toques en rojo, que le daban la nota de color.

De sus paredes pendían decenas de fotos, que mostraban a una Ivonne radiante en cantidad de situaciones, muchas de ellas relacionadas con el mar o con el agua.

—Es una nadadora sensacional, de niña ganaba competencias a tutiplén. Después, se fue con su madre a Estados Unidos, y por lo visto lo dejó, pero sigue nadando a diario —me explicó Chus mientras yo no perdía detalle alguno.

Aquella inspección in situ no se produciría más que esa vez y era mi deber almacenar en la cabeza la mayoría de los detalles posibles. Ni que decir tiene que yo contaría con un plano de la casa que memorizaría, pero verlo en vivo y en directo suponía para mí un plus.

Tampoco voy a negar que no era solo una cuestión de puertas y ventanas que supusieran una posible entrada y salida en caso de necesidad. Lo que yo estaba inspeccionando también me acercaba más a la persona de Ivonne.

—El cuarto lo hizo reformar la señorita por completo antes de su llegada, dándole un toque más moderno y adulto —siguió ella ilustrándome.

—¿Muy distinto al de antes? —quise saber.

—Mucho, hasta su llegada conservó el cuarto que habitó aquí mientras era una niña, con esa espléndida colección de muñecas.

—¿Muñecas? —No la veía yo jugando con ellas, la verdad sea dicha.

—Sí, su padre tenía la costumbre de traerle una de cada uno de los viajes que hacía por los diversos países del mundo. Y como este hombre se ha movido más que los precios, imagínese.

—Entiendo, entiendo. ¿A qué edad se fue la señorita para Estados Unidos?

—A los quince años, hasta entonces se crio en esta casa y, si me lo permite, le diría que nunca debió salir de ella.

El tono de voz que adoptó Chus, que parecía un poco chismosa, era misterioso. Aquella chica debía tener mi edad y unos atractivos rasgos que quedaban difuminados debajo de aquel espantoso uniforme que utilizaban los miembros del servicio doméstico de la casa.

—¿Y eso? —Detalles como aquel sí que me interesaban. Todo lo que pudiera saber de Ivonne suponía un extra a mi favor. ¿No dicen que la información es poder? Pues eso y más cuando la otra persona no está dispuesta a ponerte las cosas fáciles.

Caí en el hecho de que, llevando siete años en Estados Unidos, no hubiera ni una sola fotografía de esa época en su dormitorio. Parecía como si el tiempo se hubiera detenido para ella antes de marcharse, como si hubiera habido un antes y un después en su vida.

Una voz de Manuela llamando a Chus hizo que la chica saliera precipitadamente del dormitorio.

—Ahora mismo vuelvo —me dijo.

—De acuerdo, espero aquí.

Me quedé quieto mientras echaba una visual completa a la estancia y enseguida volvió ella, o eso pensaba yo. Al escuchar los pasos, giré sobre mis talones y me encontré directamente con una chorreante Ivonne que venía de la piscina.

—Vaya, vaya, al final sí que vas a ser un tío interesante. Si querías meterte en mi dormitorio, me lo podías haber dicho. Se me ocurren muchas mejores formas de darte la bienvenida —me espetó con mirada lujuriosa.

Con su sal y su pimienta dejó caer la toalla que la envolvía, quedándose en bañador. El bronceado de su piel contrastaba con el amarillo limón de este, pero no era el color de su traje de baño precisamente lo que más llamaba la atención de un conjunto que podía resumirse como de locura.

La silueta de Ivonne podía calificarse poco menos que de perfecta, con aquellos muslos tonificados, cintura de avispa y generosa delantera cuyos pezones se marcaban atrevidamente a través de la lycra.

La ruidosa forma en la que tragué saliva no debió pasarle por alto, y lo que también pasó fue su lengua alrededor de sus labios.

Vive Dios que esa chica me iba a poner al límite, se veía venir.

—Me parece que esto no es correcto, tápese por favor —le sugerí.

—No me seas tiquismiquis, ¿eh? Lo que estás viendo es mucho menos de lo que verías si estuviera en la playa, en toples, por ejemplo. Y digo yo que este verano me tendrás que acompañar a la playa, ¿o me vas a dejar allí, sola ante el peligro?

—Claro que no, señorita, en cualquier caso, yo ya me iba.

—Lo dicho, una verdadera lástima. ¿Estás seguro de que no te apetece quedarte un ratito?

—Por supuesto que lo estoy.

Lo estaba, de la misma forma que estaba seguro de que los grados de temperatura de mi cuerpo debían haberse disparado al alza desde su entrada en el dormitorio. Con la visión de esa Ivonne mojada, me dispuse a instalarme en aquella casita del jardín en la que necesitaría darme una ducha helada.

Capítulo 3



Me costó la misma vida levantarme, lo mismo que dormirme la noche anterior. Maldita sea, si hasta había soñado con la imagen de Ivonne en su dormitorio, yendo un paso más allá, un paso que nos llevó hasta... Tenía que frenar aquella espiral antes de que terminara por afectarme.

La casa del jardín, como era de esperar, estaba perfectamente equipada y en ella no faltaba un detalle. Además, al estar un poco separada de la casa principal, me permitía una cierta independencia.

Digamos que, a mí, la noche que librara me la traía al paio al principio, pero había elegido la del jueves porque el día anterior era miércoles, no por otra cosa. Así, en cuanto me instalé, le comenté a Eloísa la posibilidad de vernos.

—Esta tarde vas a tener suerte, me tengo que quedar en casa, mañana tengo un examen. —Esos fueron los buenos días de una Ivonne que avanzaba con aires decididos hacia el coche.

Pues sí que iba a tener suerte. La de cenar no era la mejor hora para conocer a mis sobrinos, dada su corta edad, por lo que podría quedar con mi hermana para merendar.

—Le agradezco la información, señorita.

—No hay nada que agradecer, es mi padre quien quiere que te tenga al corriente de todo, lo hago por eso.

No podía ser más insolente la mocosa aquella. Y no digo lo de “mocosa” porque tuviera edad de serlo, sino porque era increíble la forma en la que se comportaba, mucho peor que la más caprichosa de las niñas que yo hubiera conocido. Y encima luego mostraba aquel lado sensual completamente opuesto que tenía visos de hacer peligrar mi cordura; un cóctel capaz de desequilibrar a cualquiera.

—En cualquier caso, se lo agradezco.

Subimos al coche con el chófer, Julián, y enfilamos hacia la universidad.

Me sentí tremendamente incómodo, pues Ivonne fijó sus ojos en mí y no los apartó en ningún momento.

A Julián no le fue indiferente aquel comportamiento y me miraba sin entender lo que allí estaba ocurriendo. Tampoco yo lo entendía, más allá de pensar que a aquella chica le gustara controlar cuanto había a su alrededor. Probablemente Ivonne estaba acostumbrada a poseer todo aquello que deseaba y no quería que yo fuera una excepción.

Me iba a tocar chuparme muchas horas en esa universidad elitista que también conocía ya, pues me había dedicado a estudiar sus planos. Mientras Ivonne permaneciera en clase, yo lo haría fuera, acompañándola discretamente en todos sus desplazamientos cuando saliera de ella.

—Tengo entendido que es usted un genio de las finanzas —le comenté para romper el hielo.

—No se me dan mal los números, de casta le viene al galgo, ¿no? Pues en mi caso se cumple.

No era ya que no se le dieran mal, ahí había sido bastante modesta. Ivonne contaba con un

currículum brillante que, al contrario que otras cosas, no podría haberle comprado su padre. Ese sí que se lo había ganado por méritos propios.

Resultaba de lo más complicado pensar que, debajo de la apariencia de chica dura y devora hombres que ella daba, hubiera una ejemplar estudiante. También, por lo que sabía de ella, se le daban genial los idiomas, hablando además del castellano el inglés, el francés, el italiano y el alemán.

—Supongo, debe ser muy gratificante vivir con un hombre que se ha hecho a sí mismo de esa manera, es digno de elogio.

Por Dios que yo necesitaba que entre nosotros se estableciera un canal de comunicación que poco tuviera que ver con las insinuaciones subidas de tono de Ivonne.

—Ponme a Romeo Santos —le indicó a Julián sin más, sin contestarme a mí, y sin finalizar su petición con un normal “por favor” ni nada parecido.

Habría recibido su educación en los mejores centros, pero vaya sí sus modales podían mejorar, ¡y tanto que podían hacerlo! A aquella niñata no le vendría nada mal una buena azotaina, aunque solo de pensar en esa posibilidad tuve que despegar la camisa de mi cuello, dado el calor que este comenzó a desprender.

—¿Has soñado conmigo? —murmuró Ivonne a salvo de la escucha de Julián, que ya había puesto la música requerida por ella.

—¿Cómo ha dicho? —Y encima adivina la puñetera niña, lo que me faltaba. Sí, sí había soñado con ella, pero antes muerto que reconocérselo.

—Por supuesto que no y le recomiendo que, por el bien de los dos, en el futuro se abstenga de hacer ese tipo de comentarios —le comenté igualmente por lo bajini.

—¿Te refieres a mis comentarios picantes? Mírame a los ojos y dime que no ardes con ellos, solo entonces pararé.

—Me temo que mis ojos están puestos en otros sitios. Le recuerdo que mi deber es garantizar su seguridad y debo ir pendiente de lo que realmente importa.

Creí echar el freno con ese comentario, pero mi gozo a un gozo. Ivonne no estaba dispuesta a que le cortara el rollo.

—Seguro que entre tus habilidades está la de poder hacer dos cosas a la vez y ello, aunque seas hombre —me soltó en el más irónico de los tonos.

—No me sobreestime, por favor, y permítame hacer mi trabajo en las mejores condiciones.

—¿Y cuáles son esas condiciones si puede saberse? —Adoptó un gesto interesante.

—Pues aquellas que me permitan estar en paz y sin sobresaltos.

—¡Qué aburrido! —refunfuñó con sorna.

—Tan aburrido como seguro, usted lo agradecería llegado el caso, créame.

—¿Vas a estar toda la vida llamándome de usted?

—Toda la vida no, solo el tiempo que la escolte. Después, no está en mi ánimo el seguir tratándola.

Ivonne no debía estar acostumbrada a que le dieran zascas similares y su semblante reflejó que le había sentado peor que mal.

—Eso lo veremos —repuso.

—Eso es un hecho, señorita —puntalicé.

Julián hubiera pagado por saber lo que estábamos cuchicheando a juzgar por su mirada, pero nuestro tono de voz, unido a la música, no debieron permitirle captar ni una sola sílaba. En cualquier caso, no debía ser tonto, ya que la señorita parecía llevar las intenciones en la frente.

Bajamos del coche y nos dirigimos al aula en la que había de recibir la primera clase. Si algo no podía negar es que tenía estilo vistiendo. Normal, su padre había creado un imperio textil, la imaginaba renovando por completo su vestidor cada temporada.

Sus pantalones en verde caqui, combinados con aquellas botas marrones de caña alta estilizaban todavía más sus largas piernas, que no parecían tener fin.

Los conjuntaba con una chaqueta azul marina acolchada y un delicado pañuelo en el cuello anudado cuidadosamente.

Vista desde lejos, parecía una delicada flor de las muchas que nos regalaban los jardines que rodeaban aquel centro. El problema era que, en las distancias cortas, la niña era el bicho que picó al tren y lo siguiente...

La mañana transcurrió sin pena ni gloria. Me fui haciendo a aquel espacio. Algo que observé fue que Ivonne, pese a que se movía como pez en el agua con todos sus compañeros, no parecía tener especial amistad con ninguno de ellos.

Cierto que solo llevaba unas semanas en España, pero a esas edades enseguida se comienza uno a relacionar. Y más siendo ella quien era. Pues no, más allá de una chica llamada Mariola a la que parecía tratar algo más, iba por libre.

A la hora de la salida sí hizo un movimiento que provocó el salto de todas mis alarmas.

Un coche se acercó a la entrada y ella corrió hacia él.

—¡Ahora vengo! —me chilló.

El coche en cuestión, tuneado, era conducido por un chaval de su misma edad de esos que digamos que no van para astronautas, sino que parecía ser un vividor.

—Señorita, ¿dónde va?

—A saludar a Benji, ¿te pone celoso? —me preguntó volviendo la cara.

—En absoluto, pero le recuerdo que debemos irnos ya.

—Y dale, qué soseras eres, que ya vuelvo enseguida, qué cruz —resopló.

Una cruz era esa situación, cierto, pero no para ella, sino para mí.

Dejando un margen prudencial para darles alguna intimidad, algo que siempre debe tener uno presente en este trabajo, me acerqué a ellos.

El chaval me miró con cara de pocos amigos y yo le devolví una mirada que no lo dejaba a él en mejor lugar.

—¿Te veo mañana entonces? —le preguntó.

Ni corta ni perezosa ella le besó en los labios haciéndole callar.

—Creo que no podré, lo siento, ya sabes que debo ser una niña buena y permanecer en casa de papáito por las noches. —Un nuevo beso puso punto final a la conversación.

El tal Benji arrancó el coche, como era de suponer acelerando para que todos miraran y ella, pizpireta, se dirigió hacia el nuestro.

—¿Puedo preguntarle quién es ese chico?

—Se llama Benji y, para más pistas, él sí mola —refirió con voz cantarina.

Y una mierda molaba ese niño. Si pudiera soltarle cuánto le molé yo en mi sueño mientras la embestía, quizás cambiara de opinión. Pero eso debía quedar para mí y solo para mí.

—Me alegra mucho que piense así, pero comprenderá que a mí solo me interesa saber si frecuenta su compañía.

—¿La de Benji? Huy, huy, que me da a mí que sí que estás celosillo y no lo quieres reconocer.

—Más bien tiene que ver con que en mi trabajo es de vital importancia conocer el círculo de personas con el que se relacionan mis escoltados.

—Ah, vale, entonces es que me había equivocado. —Tomó asiento y le indicó a Julián que se dirigiera a su casa.

Llegué a la mía, a la del jardín, dando gracias al cielo porque el resto del trayecto hubiera permanecido callada. Por eso y por no verla hasta el día siguiente, que Ivonne me sacaba de mis casillas.

Me quité el traje de trabajo, y antes de ponerme cómodo, me di otra ducha fría. Algo me decía que con aquella chica cerca no iba a hacer yo demasiado gasto de agua caliente a mi jefe. Ivonne me ponía a hervir con su sola presencia y eso que inaguantable era un rato largo.

Capítulo 4



Después de comer me fui a hacer la compra. Manuela me había advertido de que no era necesario que encendiera la cocina para nada, pues allí se cocinaba a lo grande y me haría llegar con Chus el almuerzo y la cena.

Ello no era óbice para que yo disfrutara preparándome el desayuno y para que metiera en aquellos pelados muebles una serie de provisiones para picar cuando me viniera en gana. Además, compré aquellas pastas que tanto le habían gustado a mi hermana de toda la vida.

Ya había quedado con ella a las cinco y pensaba en eso cuando reparé en que no conocía los gustos de los niños. ¿Qué merendaban a esa edad? Poquito hubiera podido trabajar yo de canguro, porque pese a que los niños me gustaban no me encontraba familiarizado con ellos.

—Estas no fallan por muchos años que pasen —me comentó la reponedora ante mi pregunta.

—Ok, pues me las llevo.

Eran las de Príncipe de toda la vida. También me vi yo en mi infancia, devorándolas con mi madre al lado, a la vuelta del cole y mientras le contaba todas mis fechorías.

Como Sandro fuera igual que yo estábamos apañados o, mejor dicho, lo estaba mi hermana, quien tenía el cielo ganado. Entre su trabajo y los dos niños, no debía tener tiempo ni para echar viento. Y por si eso fuera poco el otro criminal se había dedicado a hacerle la vida imposible, qué contento estaba de que lo hubieran metido entre barrotes.

Todavía no eran las cinco cuando un wasap de Eloísa me indicó que ya estaba en la puerta. Estaba nervioso, demasiado tiempo sin verla, y además iba a conocer a aquellos dos ratoncejos.

Salí a la puerta y ella metió su coche. Don Felipe me había dicho que así lo hiciera y que por descontado que podría enseñarle la biblioteca. Se notaba que él no había nacido en alta cuna, sino que se había labrado su imperio con su esfuerzo e ingenio, por lo que no era una persona que se creyera superior a las demás ni mucho menos.

—¡Eloísa! —chillé y ella corrió hacia mí.

—¡Hermano, por fin! —Dio un salto y la cogí en brazos.

En esa postura debí dar tantas vueltas que casi nos mareamos y nos caemos.

—¡Mamá, para! Que te vas a caer —escuché desde el interior del coche, la solté y abrí la puerta trasera.

—Tú debes ser Sandro —le dije mientras lo sacaba y lo tomaba en brazos también.

—Sí y tú el tío Darío, ese que ha estado muy lejos, muy lejos, muy lejos —me contestó aquel vivaracho niño que era la viva imagen de mi hermana.

—Ya verás lo que va a tardar la otra en piar, menuda celosilla que está hecha —me advirtió y pronto comprobé que la razón le sobraba por la punta de las orejas; la pequeña Jimena rompió a llorar desconsoladamente.

—Ven aquí, ven aquí...

Solté a Sandro y cogí a la peque en brazos, quien inmediatamente paró de llorar y me ofreció la más amplia de las sonrisas.

—Ea, ya se le ha pasado la pena, ¿no te digo yo que la niña tiene castañas y nueces? —Mi hermana, que era muy observadora, miraba a su alrededor.

—Es preciosa, en su caso se parece a...

No pude ni terminar de decirlo porque un nudo me aprisionó la garganta.

—Ya lo sé, a mamá, se parece un mogollón a mamá, ¿a que sí?

Un calco, con sus ojos verdes y su mismo tono de pelo castaño.

Entramos en mi casa mientras Sandro refunfuñaba porque quería quedarse a jugar en el jardín.

—Es que esto parece la selva, ¿has visto mamá? Yo no quiero entrar.

Otro que había hecho la misma apreciación que yo.

—¿Habla tela para su edad o me lo parece a mí? Sabes que no estoy muy puesto en micos, pero creía que a estas edades tenían menos vocabulario.

—Sí, es que empezó a hablar antes de cumplir un año y creo que ya tiene más vocabulario que yo...

—Eso permíteme que lo dude, que siempre tuviste una locuacidad verbal tremenda hermanita. Yo prefería tener una pelea a puñetazos con el chico más fuerte del barrio que una discusión contigo, porque siempre me ganabas por goleada.

Entramos y les puse la merienda. Don Felipe se dejó caer por allí un momento para hacerme una consulta, y aproveché para presentarle a mi hermana.

—¿Y a este muchachito qué le pasa? No te veo muy contento chaval, dime...

—Que no me dejan jugar en el jardín y me han encerrado en esta casa. No me gusta y no me gusta. —Sandro cruzó los brazos y las carcajadas de mi jefe resonaron en toda la casa.

—Hombre, pero eso me lo tenías que haber dicho a mí, ¿cómo va a ser eso? Sal ahora mismo y juega todo lo que te dé la gana.

—¿De verdad? —le preguntó con los ojos chispeantes.

—Pues claro, criatura, sal y no dejes títere con cabeza, que es lo que hay que hacer a tu edad.

Sandro miró a su madre y ella asintió.

—Pero solo si meriendas antes, así que ya sabes.

Las galletas Príncipe no es que las engullera, es que las devoró con tal de dar rienda suelta a las ganas de juego que tenía en el cuerpo. En dos sorbos, se bebió también su vaso de leche con cacao y nos dijo “chao”.

—¿Cómo lo llevas, hermana? —Agradecí la posibilidad de poder hablar con ella abiertamente sin que el niño nos escuchara, pues Jimena no era más que un bebé.

—Lo llevo, no ha sido fácil, pero ahora todo va mejor.

—Lo imagino y no sabes lo que lamento no haber podido estar contigo en los momentos difíciles.

—No tienes nada que lamentar, Darío, bastante has hecho tú con atender a tu trabajo en un país tan distinto, con una cultura a la que te costaría adaptarte... Te admiro profundamente, hermanito.

Mi hermana se fundió en un abrazo conmigo y seguimos departiendo sobre innumerables temas, pues teníamos que ponernos al día de todo.

—Me manda recuerdos para ti tu amigo Chema, ¿te acuerdas de él? —recordó en un momento dado.

—Hombre, Chemita, como para olvidarlo, menudo tío fue siempre. Anda que me metió en pocos follones en la juventud.

—Sí, pero anda que lo dices como si hiciera un siglo, como no eres joven todavía ni nada...

—Ya, ya, pero que no veas si he estado paradito, para mí los líos de faldas se acabaron hace mucho.

—Jo, hermanito, pues así no podemos estar, ¿eh? Tú y yo nos tenemos que poner en el mercado de nuevo, yo he empezado por hacerme las mechas en el pelo, mira qué monas me han quedado...

—Estás preciosa, con mechas y sin ellas, te veo sensacional. Supongo que la procesión irá por dentro, pero irradas una luz que ciega.

—No creas, la música de la dichosa procesioncita ya se ha ido acallando, ahora estoy por la labor de renovarme. ¿Y tú? No has vuelto a abrir el pico sobre ninguna chica desde lo de Sally.

Sally había sido una institutriz inglesa con la que mantuve una relación de un par de años en Arabia Saudí. Yo me había enamorado a lo bestia y me parecía que mi amor era correspondido. Craso error, porque un día me dijo que lo nuestro se había desgastado (no sé yo por dónde lo miró) y en nada y menos ya estaba casada con su jefe. Entonces ya me cuadró más.

—Pues es que no ha habido nada más digno de mención, hermanita. Desde que rompimos he salido siempre con Peter.

—Tu Peter, madre del cielo, si lo conozco al dedillo sin haberlo visto en la vida, menos mal que lo has tenido a él todo este tiempo.

—Pues sí, ya lo conocerás, te va a caer genial. De hecho, había pensado en decirle que viniera a cenar esta noche. ¿Y si te quedas también y cenamos todos?

—Uff, difícilito lo veo, hermano. Me alegró mucho que me dijeras de venir a merendar, porque la noche es una odisea con los peques; baños, cenas y demás...

—¿Y no podrías hacer una excepción? Llevo demasiado tiempo sin verte, tengo mono de hermana, anda. —Le hice un puchero, que sabía que eso le tocaría el corazoncillo.

—Vaya plan de tío duro el tuyo. Vale, venga, mañana a ver quién levanta a los enanos, pero vale.

—Le diré que esté aquí a las ocho, no será demasiado tarde.

Le puse un wasap a Peter y me contestó a la velocidad del rayo que por él valía. No empezaba a trabajar hasta la semana siguiente y debía andar más aburrido que una ostra.

—¡Para, para, para! Pero tú, ¿quién eres? Por favor, para —gritó una voz que mi hermana no conocía, pero yo sí, desde el jardín.

—¿Quién es? —me preguntó encogiendo los hombros.

—La pregunta no es esa, hermanita, la pregunta es por qué chilla.

Salí corriendo en dirección a la piscina cuasi olímpica que la familia tenía al descubierto y allí constaté que mis peores temores eran ciertos; Sandro se parecía a su tío.

—¡Sandro, quieto! ¿Qué haces?

—Tío Darío, quiero hacer ondas en el agua.

¿Ondas en el agua? La madre que me trajo al mundo, el pequeñajo estaba tirando a la piscina las piedras del jardín zen que había al lado de esta.

—No, ni una más, ¡quieto!

—Solo una más, porfita...

Solo una más con la que tuvo todo el tino del mundo. Apenas pude creerlo cuando ella chilló, se echó mano a la cabeza y la levantó teñida de rojo.

—¡Dios qué dolor! —vociferó.

Ondas no habría levantado mi sobrino en el agua, pero ampollas en mi relación con Ivonne sí que iba a levantar.

—¡Lo siento, lo siento! —Mi sobrino se llevó las manos a la boca y salió pitando.

—Yo sí que lo siento, ¿quién era ese enano? ¿Una aparición de película de miedo?

—Me temo que es mi sobrino Sandro —le conté mientras me agachaba y ella nadaba hacia el borde de la piscina.

Al llegar a él se sentó.

—¿Puedo? —le pregunté con la intención de inspeccionar su cabeza.

—Claro que puedes, toca... lo que quieras. —Ya había vuelto a la carga.

Tanto no debía dolerle porque la veía con unas ganas de marcha inigualables, las que ella tenía siempre.

Aparté su rubia cabellera y vi que, a pesar de lo escandaloso de la sangre, no había nada en su cabeza aparte de un rasguño, poca cosa.

—La fortuna ha querido que la puntería de mi sobrino sea mayor que su fuerza, esto es nada, señorita.

—¿Entonces no me vas a tomar en brazos para llevarme a la casa? Necesito mimos y cuidados.

—Se mordió el labio inferior y pasó delicadamente su mano por mi barba de tres días.

—¿Puedo preguntarle qué está haciendo? —Me aparté con rapidez.

—Comprobar si pinchas, solo eso, tranqui que no muerdo.

—La acompañaré para desinfectar la herida. —Le tendí la mano y ella se levantó con tal ímpetu que su boca y la mía quedaron a un centímetro de distancia... Distancia que enseguida acortó porque antes de que pudiera zafarme, Ivonne me besó.

El carraspeo que escuché a continuación me dejé patidifuso. Si era Don Felipe, ya podía darme por despedido.

Giré sobre mis talones y vi a Eloísa con Jimena en brazos y Sandro de la mano.

—¿Sois novios? —nos preguntó el demonio aquel.

—Todavía no —le contestó ella con total frescura mientras se levantaba y avanzaba hacia mi familia.

Absolutamente avergonzado, no tuve otra que presentarlos.

—Ivonne, ella es mi hermana Eloísa. Bueno, y el bebé es Jimena. En cuanto a Sandro, creo que ya lo conoces.

—Sí, sí, menos mal que no has apuntado a un ojo o podía darme por...

Se calló a tiempo de no decir una palabrota delante de los niños. Iba a decir por jodida, lo que en su caso además le añadiría otras connotaciones.

La acompañé hacia el interior y allí me salió una especie de monstruo interior.

—¿Puede saberse lo que ha hecho? —Apenas podía controlar mi furia.

—¿Por eso te pones así? ¿Por lo del beso? Pues anda que si te cuento lo que se me pasa por la cabeza hacer contigo...

Y yo, ¿qué iba a hacer yo con ella? Por Dios que mis sentimientos eran de los más contradictorios; por una parte, no quería ni que me dirigiera la palabra, pero, por otra, le hubiera demostrado allí mismo cuántas comenzaban a ser mis ganas de besarla también.

—Si no toma otra actitud, le aseguro que no me va a quedar más remedio que hacer las maletas y pedir la cuenta. No pienso tolerar más salidas de tono como...

—¿Cómo esta? —Ivonne me tomó del mentón y me volvió a besar.

Maldita mi estampa, fui incapaz de ponerla en su sitio. Me quedé alelado y, a continuación, salí de allí en dirección a la casa del jardín, más confundido que en ningún otro momento de mi vida.

—¿Estás bien, hermano? —Eloísa me conocía mejor que nadie y sabía que no era así.

—Tengo ciertos aspectos que matizar en mi relación profesional con esa chica, como ya habrás podido comprobar.

—Digamos que, si me pinchan, ni una gotita de sangre echo, ¿a qué ha venido ese beso? ¿La conoces de antes?

—No, solo la conozco desde hace unas horas y se ha convertido en el mayor de mis desafíos, Eloísa.

No sabía ni lo que tenía encima; a lo enrevesado de la situación debía añadirle el bochorno de que mi hermana hubiera presenciado ese beso.

—Pues pon distancia; si puedes, de ella y, si no, ya sabes...

—Cojo la maleta y salgo por la puerta, lo sé. No te preocupes.

Mi hermana estaba asombradísima y yo traté de desviar su atención llevándola a la biblioteca, como le prometí. Lo que le pedí al cielo fue no volver a encontrarnos camino de ella con Ivonne, que ya había recibido yo bastante esa tarde.

Después de permanecer en esa estancia un rato, mientras Manuela se hizo cargo de mil amores de los niños, volvimos a la casa del jardín a esperar a Peter.

La idea era pedir unas pizzas y cenar de modo desenfadado.

Con puntualidad británica y hecho un pincel llegó mi amigo.

—Anda que te lo has montado mal —observó mirando alrededor antes de que yo procediera a las presentaciones.

—Hola, soy Eloísa, la hermana del fenómeno. Pues si piensas eso por lo que estás viendo, no te digo nada de lo que vas a pensar cuando te cuente lo que han visto mis ojos hace un rato.

No me lo podía creer, era incapaz de mantener la lengua quieta.

—¿Qué dices? Cuenta, por favor.

Menos mal que no se conocían, pues menudas risas que se echaron los dos a mi costa.

—¿Vais a reiros un poquito más o ya está bien la cosa? —les pregunté con guasa.

—Un poco más, por favor —acordaron.

Ten hermanos para eso; una biológica y otro que me cayó del cielo, pero que igualmente era mi hermano.

Capítulo 5



El viernes por la mañana transcurrió sin nada reseñable.

—¿Le ha salido bien el examen, señorita? —le pregunté mientras le abría la puerta del coche a la salida de sus clases.

—Genial, pero ya quisiera yo que hubieras sido tú quien me hubiera examinado —murmuró en mi oído y mi piel al completo se erizó.

No había manera con ella, o la ganaba o la empataba, pero no estaba dispuesta a cerrar la boca y dejar de lanzar aquellas perlas que me robaban el sueño. Por no hablar del sabor que sus besos habían dejado en la mía el día anterior.

Jamás me había visto en una situación similar. ¿Cómo era posible que me enervara y me atrajera a partes iguales? Una camisa de fuerza tendrían que ponerme como aquello siguiera a ese ritmo.

El resto de la tarde tampoco tuvo nada de particular, a excepción de una llamada de teléfono de Peter que me pareció bastante jugosa.

—Ey, ¿cómo andas?

—Bien, con los pies, ¿y tú?

—Genial, *brother*. Oye ya sabía por fotos que tu hermana era guapa, pero no podía imaginarme que también fuera tan simpática.

—¡Alto ahí! ¿Te gusta mi hermana?

—Tranquilo, te estoy haciendo un cumplido, aunque tengo que reconocerte que me lo pasé formidable con ella.

—Peter, Peter... ten cuidado, que mi hermana se acaba de llevar el gran palo de su vida con el desgraciado de mi cuñado y todavía no sabe ni dónde está de pie.

—Lo sé, lo sé y no creas que voy a hacer el tonto con ella, me cuidaría muy bien. Pero no te miento si te digo que esta mañana me he despertado pensando en ella.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Como te lo cuento, sé que te puede resultar un poco chocante y tal, pero me encantaría invitarla a un cine o a una cena o...

Lo veía embalado y poco podía reprocharle. Era curioso porque, en los años que llevaba hablándoles al uno del otro, nunca los había imaginado juntos; quizás porque ella tuviera pareja o simplemente porque tal posibilidad no había pasado por mi imaginación.

Tampoco tenía nada de particular, eran dos personas de la misma edad con ganas de divertirse. Si me paraba a analizarlo, también mi hermana parecía muy a gusto charlando con él la noche anterior.

—Vale, vale, chocante... no sé qué decirte, igual un poco sí, pero lo único que me interesa es que la trates como se merece y de eso no tengo duda.

Lo que yo había conocido de Peter me dejaba tranquilo en ese sentido, pues mi amigo era una especie de *dandy* inglés con las mujeres, a las que trataba como oro en paño.

Acababa de colgarle cuando me llamó mi hermana, como si se hubieran puesto de acuerdo.

—Qué calladito te tenías los encantos de tu amigo, si es un caramelito que está para...

—Eloísa, calla, no me vayas a escandalizar anda...

—Claro, te voy a escandalizar yo, como si fuera poco el escándalo que tienes tú formado con la chica esa...

—Déjate de coñas, en todo caso será ella conmigo, pero al contrario no —me defendí.

—Mira, hermanito, a robar vas a venir tú a la cárcel... Yo no pongo en duda ni un momento que seas un profesional como la copa de un pino y que no quieras mezclar el atún con el betún, pero te conozco como a los dos chiquitajos estos que he parido y sé muy bien lo que encierran tus ojos cuando la miras.

—No vayas por ahí, que te estás equivocando, Eloísa. —Quise frenar su lengua antes de que diera rienda suelta y fuera tarde.

—Vale, vale, lo que tú digas. Pero que sepas que el inglés se me parece enteramente a Anthony el de los Bridgerton, ¿la has visto?

—¿La serie esa de la que todos hablan? No, sabes que no soy muchos de series...

—Pues es un tío que está para cogerlo de las patillas y columpiarse, con eso te lo digo todo. Y tu amigo lo mismo. Ah, bueno y después está el duque que ese también...

Parlanchina era mi hermana a más no poder. No sabía cuánto me alegraba por ella al verla contenta. Yo temía mucho que lo de Bernabé la hubiera dejado tocada para una larga temporada, pero no parecía que fuera a ser así. Con tal de que fuera feliz, yo me hacía cuñado de Peter y lo que hiciera falta. Le daba mi beneplácito como si le tenía que dar un beso en los morros. Me he colado, repito, me he colado al decir eso.

Por lo que Ivonne le dijo a Benji el día anterior supe que no iba a salir aquella noche. También se había colado un poco con lo de que debía estar en casa como una niña buena. Igual simplemente no le apetecía salir con él y le dio largas así.

Hasta donde yo sabía mi jefe no se oponía a sus salidas nocturnas, como era de esperar por otra parte, pues no tenía 15 años sino 22.

Sea como fuere, a mí me venía sensacional, pues de lo último de lo que tenía ganas era de tener que escoltarla mientras se emborrachaba por la noche dando botes con aquel pseudo delincuente. Me imaginé la cara que pondría su padre si su única hija llegaba borracha como una cuba, debía encantarle la idea.

Tampoco es que tuviera ninguna razón para pensar que Ivonne bebiera en exceso, pero algo me decía que aquella chica estaba en un punto de su vida en el que le era sumamente fácil descontrolar. O igual es que yo la juzgaba con demasiada dureza, pero tenía esa sensación.

A eso de las nueve de la noche llegó Chus con la cena. Por más que yo insistía en que podía prepararme o encargarme algo, Manuela no lo consentía. Aparte de su instinto maternal, que la mujer debía tenerlo, pues cuidaba de todos los de la casa, debía ser una orden de Don Felipe.

Aquellas codornices en escabeche olían que alimentaban y, justo cuando estaba dispuesto a servírmelas, el ruido de algún animalejo corriendo por el jardín hizo que me asomara a la ventana.

Era deformación profesional y yo consciente de ello, pero el más mínimo movimiento a mi alrededor me hacía sacar las antenas.

Deduje que, efectivamente, debía ser eso, pues nada volvió a escucharse. Inevitablemente, antes de volver hacia el interior, miré la ventana del dormitorio de Ivonne, que quedaba

perfectamente a la vista desde donde yo estaba.

Su silueta a través de las cortinas me hizo estremecer. Con el pelo suelto, sostenía su móvil y se movía nerviosa.

Lo que tuve en ese instante fue una corazonada... Una corazonada que cualquier otro hubiera apartado de su mente, pero yo no lo hice así. De nuevo gajes del oficio.

A esa hora, el resto de las noches, Ivonne solía llevar el pelo recogido. Sí, no era la primera noche que miraba a su ventana, por mucho que aquella fuera la tercera que pasara en la casa.

¿Significaba eso algo? En principio solo que estaba pendiente de sus movimientos, cumpliendo con mi cometido. Otra cosa sería que, aparte de sus movimientos, me empezara a molestar hasta el aire que la rozara. Y eso que su impertinencia me sacaba de quicio, pero luego había algo en ella...

Debía ser que su descarado enganchaba o que su valentía a la hora de decir las cosas como las pensaba era en el fondo para mí digna de elogio. En una sociedad como esta en la que vivimos, la hipocresía es el común denominador de muchos mortales, y ella no la conocía.

Ahora bien, por mucho que eso fuera así, también debía faltarle un tornillo, pues a mí me lanzó la caña desde el minuto uno en el que me vio, sin saber ni siquiera si tenía mujer, hijos o si era gay, que también podía ser el caso.

No podía evitarlo, Ivonne despertaba en mí un sentimiento que me dolía, porque me la imaginaba huyendo de algo. Su frescura y la forma tan desinhibida con la que hacía las cosas quizás no fueran más que un escudo tras el que esconder un profundo dolor.

Lo mismo estaba yendo demasiado lejos y nada de eso era así, pero no podía quitarme esa teoría de la cabeza... Esa teoría y la idea de que, en pocas horas, me estaba atrapando.

Para colmo, la sensación de que me había mentado se hizo más patente en mí, ¿y si Ivonne estaba preparando su preciosa melena para escaparse aquella noche?

Si yo fuera ella, haría todo lo posible para que no la siguiera cuando fuera a verse con Benji. ¿De veras iba a salir con ese majadero? Ese tío no la merecía, con aquella pinta de niño, ¿qué se le habría perdido a ella con alguien como él?

Capítulo 6



Puedo decir sin temor a equivocarme que las codornices se me atravesaron aquella noche. En cuanto cené, me puse el traje y una camisa recién planchada.

Soy extremadamente cuidadoso con mi imagen, lo he sido siempre y pensar que ella estuviera cerca de mí, todavía me hacía serlo más.

Tomé el tarro de Invictus y me perfumé. Tras ello, me senté a leer delante de mi ventana, de tal forma que pudiera controlar la suya.

Solté el libro enseguida, ya que me fue imposible concentrarme en la lectura. Al filo de las once, un nuevo movimiento por su parte me escamó. Al lado de la ventana, tomó el teléfono y, a continuación, apagó la luz, como si fuera a acostarse. Qué casualidad, todavía con la melena suelta y teléfono en mano. Y para más inri, mirando hacia la puerta de la casa, como si esperara a alguien.

En cuestión de dos minutos, mientras yo vigilaba tras un seto, la vi salir de puntillas por la puerta principal. Todavía debía atravesar el jardín y a punto estuve de darle el alto.

Me contuve en el último momento, sería mejor seguirla sin despertar sus sospechas. Para ello tendría que actuar con total sigilo y premura, pero si de algo sabía yo en la vida era de eso.

Por mucho que aquella chica creyera venir de vuelta de todo, yo era especialista en situaciones como aquella.

Tan pronto como salió por la puerta, tras la cual la esperaba el tal Benji, me subí en el coche y comencé a seguirlos. Había un largo trecho entre aquella exclusiva urbanización y cualquier zona que pudiera ofrecerles un fiestorro a su altura, por lo que lo hice a cierta distancia y sin luces, para no despertar sus sospechas.

Lo que sí se despertó, y más pronto que tarde, fue mi total indignación, ya que aquel desgraciado no la llevaba a ningún lugar ni mínimamente civilizado, sino que cogía campo atrás con Ivonne por copiloto.

Dicho vulgarmente, se veía que adonde pensaba llevarla era al huerto y la sola idea me comenzó a corroer las entrañas hasta el punto de que tuve que echarme mano al estómago para controlar el dolor que sentí.

No me reconocía en esa situación. Siempre me había tenido por un tío juicioso que podía darlo todo cuando se enamoraba, pero jamás había sentido la llamada del amor en unas horas. Lo mismo aquello era un flechazo de esos en toda regla, pero en ese caso Cupido estaba jugando conmigo; primero, por darme de lleno a las primeras de cambio y segundo, por intentar emparejarme con alguien que hacia el único lugar al que podría conducirme sería al abismo.

La sangre me hervía y le pedí a Dios que me estuviera equivocando. ¿Y si el coche se paraba y mis peores temores se confirmaban? ¿Cómo iba a tener la sangre fría de esperar a que se dieran el lote delante de mis narices?

No, ese sería el momento de alertarles de mi presencia, a ver si así lograba abortar la misión que trajeran entre manos.

No obstante, tras subir un pequeño monte, las luces de lo que parecía ser una feria me sacaron de mi error, ¿qué mierda era eso y qué hacía allí toda esa gente? No, no me lo podía creer, allí no pegaba Ivonne ni con cola, ¡era una carrera ilegal de coches!

Con razón el tal Benji tenía el suyo tuneado, como que participaba en esos peligrosos eventos para descerebrados. Cielos, ¿cómo era posible? De no verlo no creerlo, alguien como Ivonne presenciando aquello, en un lugar tan inhóspito y con una gente que en absoluto le iba a aportar nada que no fuera un buen puñado de problemas.

De buena gana la hubiera sacado de allí a la fuerza y llevado a su casa. Pero ella era mayor de edad por lo que no podía hacer tal cosa, ni tampoco someterla a un bochorno público que provocara que me odiase. Si iba a protegerla, debería ser otra la estrategia.

Todavía me quedaba bastante por tragar esa noche, ya que la vi revolverse en el coche, como si estuviera sacando algo de algún sitio. Eso era, a mí no se me había ido por alto el detalle de que el bolso que portaba al salir no era el típico tamaño mini que las mujeres suelen llevar en sus salidas nocturnas.

No me considero experto en moda femenina ni mucho menos, pero hasta ahí llego. El asunto es que no me equivoqué y ella no tardó en salir del coche, después de haberse cambiado, con un mini short vaquero que a lo justo le tapaba el culo y una camiseta de tirantes ajustada que hizo babear a todos los presentes. Como complemento, unos altos zapatos de tacón en rojo que le otorgaba mayor firmeza a una silueta que ya de por sí parecían haber esculpidos los mismísimos dioses.

¿Tengo que decir que no hubo ni uno solo de los presentes que no babeara? Supongo que sobra y es que puedo jurar que incluso más de una de las chicas presentes le dio un buen codazo a su novio por írsele los ojos hacia donde no debía.

El que Ivonne se hubiera vestido de una forma tan provocativa obedecía a que su estilismo habitual no encajaba allí ni a martillazos, a lo que había que unir que enseguida cogió aquellos banderines, un gesto que me indicó que iba a dar el pistoletazo de salida a esa panda de ineptos.

Mientras observaba la escena de lejos, a resguardo de la vista de todos ellos, el corazón me iba a mil. ¿De verdad tenía ella necesidad de mezclarse con aquella gentuza?

Si Don Felipe hubiera visto aquello se habría caído de espaldas, probablemente muerto, porque muerto me estaba quedando también yo de ver el berenjenal en el que se estaba metiendo y no era su padre.

El rugido de los coches y la densa nube de humo que envolvió la salida provocaron que su silueta se desdibujara ante mis atónitos ojos.

Los coches salieron a toda mecha y la muchedumbre comenzó a gritar, a saltar, a aplaudir y a no sé cuántas más chaladuras más. Estaban fuera de sí.

Ivonne se quedó sola y, como era de esperar, los tíos acudieron a ella como las moscas a la miel. Algunos de ellos debían estar hasta arriba de todo, por la forma en la que la miraban. Por Dios que si alguno intentaba propasarse no solo se las vería conmigo, sino también con mi puño.

La escena se presentaba ante mis ojos como dantesca. Uno de ellos se preparó un porro y le ofreció. Ella lo tomó entre sus dedos y le dio un par de caladas. No sé cómo le sentarían, pero a mí, que soy de la liga antidroga, verlo me sentó como una patada en los mismísimos.

Ganas no me faltaron de saltar y decirle al tío ese que se metiera el porro en el culo, o incluso de hacérselo tragar...

No, no podía engañarme a mí mismo. Me tengo por un profesional cualificado y siempre he

velado por la seguridad de las personas que contratan mis servicios, pero aquello iba mucho más allá.

Por momentos, notaba que me quería salir del pellejo y liarme a puñetazos con todo aquel que se le acercase. Lo peor del caso era que Ivonne parecía moverse entre aquella chusma, que no tenía ningún respeto por las normas, como Pedro por su casa.

¿Cómo era posible que unas cuantas semanas en España le hubieran dado para tanto? No, uno no adquiere esas “cualidades” de la noche a la mañana. Por mucho que a Benji lo acabara de conocer, ella debía estar acostumbrada a moverse por lugares así de poco recomendados antes.

¿Qué clase de vida habría llevado en Estados Unidos para convertirse en lo que era? La niña que me habían descrito que se marchó para cruzar el charco con su madre tenía muy poco que ver con la mujer que había vuelto.

Cierto que a ambas las separaban siete años, pero lo único que la segunda parecía haber conservado de la primera era un currículum académico excelente, al menos en eso no había fallado. Ni en eso ni en la imagen que daba ante su padre, de mosquita muerta total.

No podía dejar ni de mirarla en la distancia ni de pensar en eso, pero no por ello dejé de escuchar aquellas sirenas que parecían avanzar hacia nosotros.

Mierda y mierda, era la poli. El bullicio de la conversación unido al de la música hizo que toda aquella gente tardara más de la cuenta en percatarse del avance policial.

En ese instante, quise hacerme notar con la intención de que Ivonne corriera hacia el coche, pero me fue imposible, no me veía y, por más que gritaba, tampoco me escuchaba.

Lo que sí terminó por escuchar, al igual que el resto de los presentes, fue el sonido de las sirenas. En ese momento todos debieron pensar eso de “pies, para qué os quiero” y salieron corriendo en todas las direcciones.

Yo lo hice en la de Ivonne, que voló a refugiarse en una zona de abundante arboleda aledaña a la “pista” en la que se estaba celebrando la carrera.

Sin aliento me quedé cuando vi que uno de los polis, que se bajó a la carrera del coche, echó a correr en la misma dirección que ella. No era extraño si partimos de la base de que no podía correr tanto como el resto, por llevar unos taconazos que parecían andamios.

Echando mano de la artillería pesada que los muchos años en lo mío me habían conferido, logré despistar al policía, que se debió quedar trastornado al ver a un tío con traje y zapatos entre tanto niño, y finalmente llegué a la altura de Ivonne.

Lo hice justo en el instante en el que uno de sus tacones se quedó clavado en la tierra y ella cayó hacia delante. La velocidad a la que iba propició que, tras caerse, se echara las rodillas abajo, como me decía mi madre cuando era pequeño.

A punto llegué para levantarla y para ver las lágrimas que resbalaban por sus mejillas, fruto del dolor y del miedo que había pasado.

—¿Darío, eres tú? —me preguntó cómo si le pareciera imposible.

—¿Y quién si no, señorita? Déjeme ver esas rodillas, por favor, ¿le duelen?

—Me duele más que no me tutees —me dijo mientras me abrazaba fuerte.

—No es nada, apenas unos rasguños, Ivonne —murmuré.

Sabía que, al tutearla, estaba derribando una barrera entre nosotros, pero me salió del alma.

—Así me gusta más, Darío, ya no me duele.

—Me alegro y ahora debemos quedarnos aquí calladitos y sin movernos hasta que la policía se marche.

—Debes pensar que soy una idiota, tú no lo entiendes.

—Yo no estoy aquí para juzgarte, solo para protegerte, no lo olvides. —Aparté un mechón de pelo de su cara y esa vez no es que no pudiera, es que no quise esquivar el beso que estaba a punto de darme.

A punto de darme y que fue correspondido por mí. A partir de entonces fueron decenas de ellos los que nos regalamos mutuamente mientras escuchábamos carreras, gritos y detenciones.

Nunca me había sentido tan a gusto protegiendo a alguien, igual que pienso que nunca se había sentido ella tan protegida. Lo que estábamos viviendo parecía de cine, pero ya se sabe que en la gran pantalla no todas las historias cuentan con un final feliz.

Me aseguré mucho de que la policía se hubiera marchado antes de llevarla en brazos al coche.

—No me duele tanto como para no andar, Darío, no te preocupes.

—Calla y deja que haga mi trabajo, pequeña...

Aquel “pequeña” me salió solo y supuso un nuevo paso en dirección a ella. Ya eran varios y agigantados los que habíamos dado en los que ya podía decirse que eran los tres días más intensos de mi vida.

Capítulo 7



Hacía años que no disfrutaba tanto de algo como lo hice aquella noche de la ternura con la que Ivonne me miró cuando nos metimos en el coche. Por cierto, que ni que decir tiene que yo lo había pillado sin encomendarme a Roma ni a Santiago, pero eso no me suponía un problema, ya que estaba a mi disposición durante los turnos de descanso de Julián.

—No quiero que me lleves a casa, por favor, todavía no —me suplicó mientras ponía su mano sobre mi muslo.

Hubiera dado lo que no tenía por parar el tiempo en ese momento para seguir sintiendo ese roce que me alegraba el alma.

—No te preocupes, sé que estás muy nerviosa, podemos dar una vuelta mientras...

—Una vuelta o incluso... tú ya me entiendes.

—Ivonne por favor, no vuelvas a las andadas, no me tientes más, que no soy de piedra.

—¿Es porque hay otra? —me preguntó cogiéndome de sopetón.

—¿Otra mujer quieres decir? —Fruncí el ceño, no lo esperaba.

—No hombre, me refería a una cabra montesa. Pues claro, qué otra cosa puede ser si no es una mujer.

—No, no hay otra si es eso lo que quieres saber.

La dulzura de su sonrisa en ese instante me supo a gloria. Parecía como si las facciones le hubiesen cambiado, como si el hecho de tenderle una mano la hubiera situado más cerca de mí y no me refiero al plano sexual, que en ese sí había notado su cercanía desde el mismo momento en el que nos presentaron.

—¿Y entonces? No lo entiendo, no vayas a negarme que te gusto porque no colaría.

—Sabes perfectamente que me gustas más de lo que debería confesar. Y eso que no lo entiendo, pues tu manera de ser y de comportarte es sumamente desconcertante.

—No me seas repipi y admítelo; te vuelvo loco, taquicárdico, tarumba...

—Eso y un montón de cosas más, pero también te comportas como una niña malcriada, insolente y caprichosa, que crees que tiene el mundo en sus manos gracias a la fortuna amasada por papá y siento informarte de que yo no tengo precio.

El gesto de su cara se transformó. No le gustaba cuando le hablaba así, de la misma forma que a mí no me gustaba en absoluto su absurdo comportamiento.

—¿Y entonces?

—Entonces solo soy tu guardaespaldas y no debemos mezclar las cosas, no traería nada bueno, créeme. Yo soy un profesional y, aunque no esté bien que lo diga, de los buenos. Flaco favor me haría tener una aventura contigo, bonita.

Su gesto apenado me afligió. No parecía que estuviera haciendo el paripé, sino que sentía cada una de las palabras que salían de mi boca.

—Sabes que no vas a poder controlarlo, lo sabes desde el mismo momento en el que pusiste los ojos en mí, igual que lo sé yo.

—Yo solo sé que te voy a llevar sana y salva a casa. ¿De verdad quieres hacerte un favor y hacérmelo a mí?

—Dispara, lo estás deseando, ¿qué quieres saber?

—¿Por qué lo necesitas, Ivonne? No le encuentro el sentido.

—Por qué necesito, ¿qué exactamente?

—Meterte en líos, aparentar lo que no eres, andar con ese gandul... ¿No te das cuenta de que no habla bien de ti? Tú vales mucho más que eso y no me refiero al hecho de que seas una rica heredera, sino a los principios que tus padres te han inculcado, por ejemplo.

—Cuando hablas de mis padres supongo que te estás refiriendo a mi padre, a mi madre puedes dejarla fuera.

—No lo sé, no la conozco. Pero supongo que si él, que es un trocito de pan de bueno y que te quiere con locura te dejó ir en su día con ella, será porque no es la bruja de Blair ni nada parecido.

—Si me dejó fue porque no sabe...

Se calló antes de pronunciar una sola palabra más. Probablemente Ivonne y su madre hubieran chocado durante su adolescencia y ella se la tuviera jurada. Ya se sabe que las niñas son más de los padres y quizás tampoco le perdonó que se la llevara al otro lado del mundo.

—¿Qué es lo que no sabe? Puedes confiar en mí, te lo digo en serio. —Le hice una caricia en la mejilla, momento que ella aprovechó para sostener mi mano.

Se notaba que buscaba el contacto físico conmigo, de la misma forma que yo necesitaba tenerlo con ella. La conexión entre nosotros era tan grande que por mí habría parado el coche y perdido la razón, metiéndome en ella irremediamente...

—No lo entenderías, igual que tampoco entenderías por qué voy con Benji, será mejor que dejemos esta conversación.

—¿Y por qué no pruebas a explicármelo? Si no lo haces, obvio que no lo entenderé en la vida, pero si te tomaras la molestia de hacerme partícipe de tus problemas igual te llevarías una sorpresa.

Me miró y una lágrima rodó por cada una de sus mejillas.

—Déjalo por favor, me estoy agobiando. No es nada, solo que debes tener razón; soy una insolente, una engreída, una niña de papá y todo lo que tengas a bien decirme. Supongo que me lo merezco, eso y mucho más.

—No digas eso, por favor. Yo sé que debajo de todo eso hay un corazón sensible que está sufriendo, no sé el motivo, pero sé que es así.

—No des tantas cosas por sentadas, lo mismo es que solo soy una mala persona y punto redondo. A veces no hay que darles más vueltas a las cosas.

Tenía la sensación de que estaba jugando conmigo al despiste. En el instante que percibía que me acercaba demasiado a una realidad que se le antojaba dolorosa, cambiaba el tercio y se auto inculpaba.

Iba a ser verdad eso de que el dinero no da la felicidad, por mucho que Melendi se empeñe en decir que es una sensación muy parecida, porque a aquella rica joven se le estaba desangrando el corazón por momentos.

—Ivonne, no es por nada, pero llevamos ya demasiado rato dando vueltas, vamos a tener que volver a tu casa.

—¿Ya? Solo un poco más. —Después de aquel incómodo silencio que se hizo entre ambos y que duró unos minutos, volví a percibirla más cercana, posando de nuevo su mano en mi muslo.

Accedí a sus deseos, si bien a la hora de entrar en su casa noté que volvía a ponerse mal. Su aspecto era de animalito desvalido, hasta el punto de que noté cómo comenzaba a temblar.

—¿Tienes frío? —le pregunté.

—Quédate a dormir conmigo, por favor, solo te pido eso —murmuró.

—¿Dormir contigo? Lo que me pides es totalmente imposible, bonita, no me pongas en ese aprieto.

—Sé que lo deseas tanto como yo, y no solo es deseo, es necesidad. Por favor no me falles, tú no, quédate a dormir contigo.

—Supongamos que lo hago, jugándome literalmente el pellejo por no hablar de mi reputación profesional, ¿y qué hay de Benji?

—¿De Benji? Benji será historia si haces lo que te pido.

Me costaba trabajo aceptar que de verdad me estuviera planteando la posibilidad de hacerlo. En aquellos escasos tres días, me había cuestionado varias veces hasta qué punto aquella chica era estable mentalmente, pero había llegado el momento de cuestionar mi propia estabilidad mental.

Puedo prometer y prometo que no sé cómo logró convencerme. Lo único que sé es que, tras comprobar que nadie nos veía, acabé en su dormitorio.

—Solo dormir, bonita, solo dormir —murmuré en un vano intento de convencerme a mí mismo de que no podíamos llegar más allá.

—¿Solo dormir? —En la penumbra de aquel inmenso dormitorio, alumbrado por las farolas del jardín, llevó mi mano hacia sus senos.

Antes de que quisiera darme cuenta, ya la había despojado de su camiseta de tirantes, sacando a la fiera interna que llevaba intentando calmar desde que la vi por primera vez. Ella también tiró de la mía y yo necesité hacer acopio de aire para despojarla también del mini short vaquero.

Imposible describir la perfección de un cuerpo que quedó de pie, expuesto ante mí, únicamente con un minúsculo tanga negro a juego con el sujetador. Ataviada con aquellas prendas y con los pies enfundados en sus tacones rojos, Ivonne parecía una diosa del sexo.

Miré su cara y ya no percibí ni rastro de la dulzura mostrada en otros momentos de la noche; la niña desvalida dio paso a una mujer jodidamente sexy que murmuró un “hazme tuya” en mi oído que hizo que mi miembro alcanzara una dureza de proporciones desorbitadas.

Creando que me iba a reventar en el interior de los pantalones, me agaché y retiré hacia el lado aquellos escasos centímetros de tela negra que recubrían su perfectamente depilado pubis.

Mi lengua tomó la iniciativa, probando a qué sabía una Ivonne cuya mezcla de sabores me resultó total y absolutamente cautivadora, de la misma forma que me lo resultaron sus gemidos.

En mi memoria para siempre quedarían, de la misma forma que la dilatación de sus pupilas en el momento en el que su sexo estalló para derramar sobre mi lengua el más exquisito de los elixires.

Comprendí en ese instante que mi miembro no podría aguantar demasiado tiempo más en el interior de mis pantalones y me despojé de ellos. Ivonne, laxa y tumbada ya sobre la cama, después de que la saboreara de rodillas mientras ella permanecía de pie, abrió las piernas para mí.

No podía pasar a mayores sin liberar también aquellos firmes senos que apuntaban hacia el techo y que me proporcionaron la más seductora de las vistas, mientras amasaba uno con las

manos y me reclinaba para descubrir a qué sabía el otro.

De nuevo, entre gemidos, me pidió que la poseyera y fue entonces cuando me aproximé a la entrada de su pubis y noté aquella humedad que lo impregnaba todo. No tuve más que dejarme llevar por ella y ya estaba en su interior.

Decir que en ese momento rocé el cielo con la punta de los dedos sería quedarme muy corto. Nunca había deseado tanto a una mujer ni tampoco había notado tal afinidad con ella en la cama.

Tuvimos que contener nuestros jadeos para no poner patas arriba toda la casa. Ivonne los ahogó mordiendo su brazo, mientras yo lo hice torturando a mi labio inferior, que terminó ensangrentado tras la gesta sexual.

El ritmo de mis embestidas fue subiendo gradualmente a petición de una contrincante que no hacía sino pedirme más y más. Sin querer renunciar al placer de sentir que galopaba sobre mí, di un giro de tuerca a la situación y la coloqué sobre mi miembro.

La extrema humedad de su interior propició que, tras aquellas salidas, las entradas fueran cada vez más ardientes, dejando resbalar su cuerpo sobre un miembro, el mío, que permanecía ajeno al tiempo.

Cuando noté que sus jadeos proclamaban el cansancio que los muchos saltos que dio sobre mí le provocaron, la tomé por el vientre y, casi en volandas, la acerqué al espejo que tenía enfrente de la cama y que ocupaba gran parte de la pared.

Con sus manos sobre él, la penumbra nos ofreció la imagen más salvaje que los dos podíamos mostrar; juntos, entregados, sudorosos y extenuados, pero con un deseo creciente que nos pedía seguir amándonos hasta alcanzar el frenesí.

Finalmente lo logramos al unísono y, de nuevo poniendo la mano en su vientre, la tomé en brazos y la tumbé en la cama, mientras la cubría de besos de arriba abajo.

—No quiero que te vayas, Darío, ahora no podía soportarlo.

—Ni yo tampoco mi niña, ahora sí que quiero quedarme contigo. No me preguntes cómo lo haremos, pero ya me las apañaré por la mañana.

Millones de besos más recubrieron cada palmo de su cuerpo mientras se iba quedando dormida. Antes de que Morfeo me la robara, me acerqué al baño y cogí lo necesario para curarle las rodillas.

—Me duele, me duele —se quejó ya casi entre sueños.

Y a mí me dolía el alma de pensar que aquella deliciosa criatura se cubriera a diario de una coraza que no le iba ni le venía...

Capítulo 8



Abrí un ojo y la abracé. Estaba a tiempo de que aquella locura que nos había invadido a ambos no trajera consecuencias, pues apenas eran las seis de la mañana.

Por consecuencias me refiero a que llegara a oídos de Don Felipe, algo que no podía permitirme si no quería que mi reputación se fuera al traste. De todos modos, he de reconocer que por Ivonne hubiera sido capaz de cruzar el Atlántico a nado, por lo que las posibles consecuencias de nuestros actos me preocupaban más por su parte que por la mía.

—Preciosa, tengo que irme a la casa del jardín. Lo de anoche fue maravilloso —le susurré en el oído.

—¿Ya? No quiero que te vayas, quédate un poquito más, porfi.

—No puedo, cielo, ambos quedaríamos en una posición muy comprometida si esto se supiera. Primero —hice una pausa para escoger las palabras correctas pues lo último que quería en el mundo era herirla—, primero tenemos que plantearnos cómo hacer las cosas.

Sonaba a locura total, pero me había bastado una noche con ella para entender que merecía la pena luchar por su amor. Con toda mi fachada de tipo duro, una de las miradas que me dedicó aquella noche era suficiente para derretirme.

—¿Te veo luego? —me preguntó en plan refunfuñona.

—Qué remedio, sabes que tengo que cubrirte las espaldas y esa es una pesada carda que... —bromeé resoplando.

—¿Sí? Pues no vi yo anoche que te pesara tanto cuando lo que me cubrías era otra cosa —argumentó con gracia.

—Calla, demonio, que hasta las paredes pueden tener oídos.

—Sí, unas paredes con unas orejotas grandes como las del príncipe Carlos de Inglaterra, que me da a mí que no va a llegar a gobernar para que no tengan que ponerles asas a las monedas.

—¡Serás mala! —Le di un almohadazo mientras con otro contenía mi risa, ya que su irónico sentido del humor me fascinaba.

Después de darle otro millón de besos y de que mi entrepierna me recordara que mejor no seguir por ahí si pretendía salir andando con cierta dignidad, salí de la casa de puntillas.

Cuando por fin entré en la del jardín, el techo se me cayó encima. ¿Cómo se me podía haber ido tanto de las manos? Daba igual, era lo que había y punto redondo. Ahora solo había que ir viviendo el día y día, buscando soluciones.

Puedo tener muchos fallos y de hecho los tengo, pero no se cuenta entre ellos el que sea un hombre miedoso. En la vida me ha dado miedo de nada y mucho menos de sentir, es más, cuando se ha tratado de los asuntos del corazón me he puesto el mundo por montera y aceptado las consecuencias que tuvieran que llegarme.

El sábado amaneció esplendoroso, aunque yo ya no volví a pegar un ojo. Taza tras taza de café,

me imaginaba el momento en el que tuviera que hablar con Don Felipe para decirle que, de guardaespaldas de la niña, había pasado a ser su pareja.

Igual me estaba montando un castillo de naipes en el coco de categoría, pero es que yo cuando quiero, quiero, y no sé vivir con medias tintas. De todas formas, no estoy en la inopia y algo que me preocupaba, y no poco, era el hecho de que ella estaba acostumbrada a vivir en la máxima de las opulencias y yo tenía un sueldo que, sin ser malo, al lado de aquello era corriente y moliente.

Quizás la estaba subestimando e Ivonne pusiera en la balanza otro tipo de cosas, como el que le pudiera brindar todo mi apoyo, cariño y protección, cubriéndola de millones de besos cada noche, y el saldo fuera a mi favor. O quizás yo no fuera más que un soñador y me diera la patada en breve.

No podía saberlo, pero estaba dispuesto a llegar al fondo del asunto. ¿En tres días? Pues sí, en tres días me había enamorado y, aparte, había descubierto que ella estaba más necesitada de cariño de lo que jamás hubiera imaginado.

Luego estaba también la cuestión de lo que pensaría su padre al respecto, que yo lo tenía por un hombre muy bueno y muy santo, pero a lo mejor aspiraba a mucho más para su hija y arreglaba el asunto mandándome a dos sicarios que me pusieran las piernas como alcayatas, que todo podía pasar.

¿He dicho ya que estaba bebiendo café por litros? Pues eso era lo único que me faltaba, ya que entre los nervios y esa excitante bebida, me iba a provocar yo solito un agujero en el estómago del tamaño de una furgoneta.

Para colmo era el primer fin de semana que pasaba en la casa y estaba más perdido que el barco del arroz. Entre semana, habría de acompañar a Ivonne a la universidad, por lo que la vería enseguida. Pero en sábado, ¿cuáles serían sus planes? ¿Haría por verme a esas horas? Cielos, solo hacía un rato que me había separado de ella y ya estaba deseando volver a verla.

Traté de calmarme. Si ella sentía la cuarta parte de lo que yo, y por la noche me había demostrado que así era, no tardaría en dar señales de vida, esperaba que no demasiado.

Unas horas después llegué a la conclusión de que lo mismo ella y yo no teníamos el mismo concepto de “poco”. Ojalá hubiera podido pensar que todavía dormía, que era el cansancio el que la retenía en la cama, pero la ventana abierta y Chus sacudiendo la funda nórdica de su cama por ella me indicaron que nada más lejos de la realidad.

Tampoco había que sacar las cosas de quicio. Podía ser que los fines de semana Don Felipe aprovechara para prolongar los desayunos con su hija. Los imaginaba en la mesa, contándose cómo había ido la semana, hablando sobre el futuro de la joven, riendo y proyectando.

Tenía que ser eso, a ver si iba a pretender llegar y convertirme en el ombligo del mundo de Ivonne, eso no era justo. Yo tenía muy clara la importancia de que cada persona conservara su propia parcela en el seno de la pareja, por muchas ganas que tuviera de compartir con el otro.

No podía remediarlo, o era el iluso del siglo o ya me veía como su pareja, por eso llegaba a ese tipo de conclusiones. Ojalá que Ivonne tuviera las mismas ganas de verme que yo a ella, para lo que tendría que hacer por salir aquella mañana, de modo que yo la acompañara a donde quiera que fuese.

Mis esperanzas se fueron agotando a la una de la tarde. En la casa se comía a las dos en punto y era evidente que ella no tenía intención de poner un pie en la calle.

Los nervios me comían, solo quería saber cómo se sentía tras aquella noche, si estaba arrepentida o si, por el contrario, pensaba luchar por lo nuestro, como yo.

Me sentía como un león enjaulado y tuve que salir a hacer ejercicio al jardín, ya que la cabeza

me iba a estallar de tanto darle vueltas.

Estaba haciendo flexiones cuando por fin la vi asomarse a la ventana. ¿Tenía entre los dedos lo que yo creía que tenía?

Me incorporé y, tras comprobar que nadie nos veía, alcé la mano para saludarla y le hice un gesto de que tirara el cigarrillo. Más allá de las dos caladas que le había visto dar al porro aquel, no la vi fumar antes y hacerlo me fastidió bastante.

Ella también alzó su mano a modo de saludo, pero se hizo la sueca respecto al cigarrillo, que la vi apurar.

Respiré hondo, obvio que había cosas de su persona que todavía desconocía y algunas me costarían más que otras, pero ¿no pasaba eso al principio en todas las parejas? Al menos era lo que deseaba pensar.

Mis esperanzas de poder hablar de manera inmediata con Ivonne sobre lo sucedido se fueron disipando conforme pasaron las horas. Y, al mismo tiempo se acrecentaron mis nervios... Los mismos nervios que, a ojos de Don Felipe y del resto de las personas que habitaban en su casa, debían seguir pareciendo de acero.

Por la tarde no pude más y aproveché que vi salir a mi jefe para preguntarle.

—Buenas tardes, Don Felipe, veo que su hija se ha tomado el día de relax, ¿cree que tendrá pensamiento de salir después?

—Buenas tardes, Darío. Me da la impresión de que no, parece que tiene jaqueca, pero no dudes en ir a preguntarle tú mismo, hombre, hay confianza.

—¿No es indiscreción? —Le pregunté y me sentí tremendamente hipócrita, porque no le había pedido permiso a él para meterme entre las sábanas de Ivonne la noche anterior.

—No, hombre, claro que no. Tú también tienes derecho a saber el plan del día, que con la juventud ya se sabe, nunca se puede dar nada por sentado.

—Claro, claro, pues así lo haré.

Como un jarro de agua fría me habían sentado aquellas palabras, las de que con la juventud nada podía darse por sentado. Esperaba que Ivonne no se hubiera dado de nuevo la vuelta como un calcetín. ¿Y qué era eso de que tenía jaqueca? Quizás la explicación a la ausencia de noticias sobre ella durante el día.

Tan pronto salió Don Felipe dejé atrás mis reparos y me dirigí hacia la casa, dándole las pertinentes explicaciones a Manuela.

—Claro, claro, sube o no vas a saber a qué carta quedar, ¿quieres que te acompañe? —se ofreció.

—No, no es necesario, sigue a lo tuyo, ya llamo yo a su puerta.

—Lo mío, por suerte, en tarde de sábado es ver la novela que tanto me gusta. También se merece una un descanso, ¿no crees?

—Y dos y tres... Ve a verla, por favor, no te la pierdas por mí.

Llegué a la puerta de la habitación de Ivonne y comprobé que los latidos de mi corazón podían escucharse a un kilómetro de distancia.

—Señorita Ivonne, ¿podría atenderme un momento, por favor? —Toqué en la puerta con los nudillos.

Tenía que guardar las formas, cualquiera podía escucharnos.

No voy a decir que abriera inmediatamente, se tomó su tiempo. Mejor, lo bueno siempre se hace esperar y yo me moría porque me dedicara una de sus sonrisas.

—¿Qué quieres, Darío? —El tono de su voz me resultó de lo más cortante y, respecto a la

referida sonrisa, no apareció por parte alguna cuando abrió la puerta.

Me quedé inmóvil, sin saber cómo reaccionar.

—Preciosa, ¿estás bien? —le pregunté por lo bajini.

—Perfectamente, ¿por? —El deje de su voz volvía a ser impertinente.

No, no la veía yo muy jaquecosa, pero sí con esas ganas tan suyas de guerra que me habían provocado más de un quebradero de cabeza. Su actitud iba a lograr que la jaqueca la padeciera yo, a ese paso.

—Porque no he sabido nada de ti en todo el día y ya no podía aguantar más —le confesé.

—¿Y qué querías saber? Si te parece, te paso un parte diario. Hoy no voy a salir si es eso lo que te preocupa.

Sin más, y sin quitar ese rictus de cardo borriquero con el que me había abierto, me cerró la puerta en todas las narices y a mí se me cayó el alma a los pies.

Aquella Ivonne volvía a ser la niña caprichosa, intratable y petulante del principio, regada con unas dosis de descaró que yo detestaba. Me devané los sesos en busca de una explicación y solo pude encontrar una, ¿sería bipolar?

Capítulo 9



El lunes por la mañana mis nervios estaban al límite. No había vuelto a ver a Ivonne desde aquel desgraciado momento que vivimos en la puerta de su dormitorio. Desgraciado al menos para mí, que igual para ella fue de lo más normal.

Su jaqueca fue el pretexto para no salir tampoco el domingo. Me lo comentó Don Felipe al subirse al coche al mediodía, que le parecía que seguía sin encontrarse bien.

Si ella no se encontraba bien, no digamos ya yo... Yo estaba que me subía por las paredes. Lo de Ivonne bien sabía que era una excusa, no la encontré jaquecosa precisamente sino arrogante, altiva y esquiva cuando fui a preguntarle por lo nuestro. Y el gesto que me mostró al salir aquella mañana me indicó que la cosa no tenía visos de cambio.

—Buenos días, señorita Ivonne. —Le abrí la puerta del coche y la miradilla intrigada de Julián me preguntaba si íbamos a seguir con aquel juegucillo que tanto le distraía.

—Buenos días, Darío —me respondió más seca que el esparto.

No añadió ni una palabra más antes de subirse, lo mismo que hizo durante un trayecto hacia la universidad en el que la tensión podía cortarse con un cuchillo en el interior del coche.

Ni siquiera me miraba a los ojos y eso era algo que me dolía. Mi actitud no había cambiado en nada desde aquella noche, pero la de ella lo había hecho por completo. La vuelta como un calcetín era poco, Ivonne puso entre nosotros un océano de distancia y ni siquiera me permitía asomarme a él.

Al mediodía comprobé que todo era susceptible de empeorar. El coche del desgraciado de Benji estaba allí y de buena gana me hubiera ido hacia él para abollárselo a patadas hasta que no hubiera servido ni para chatarra.

—Espera aquí. —Me paró ella con la mano cuando vio mi intención de acercarme a él, y eso que no podía calibrar el alcance del odio que yo le estaba empezando a coger a aquel tío.

—¿De verdad vas a volver a hablar con él cuando te dejó el otro día tirada como si fueras una colilla? ¿Se preocupó en algún momento de la noche por la suerte que habías corrido? Porque te recuerdo que no escuché ninguna llamada o mensaje en tu móvil. No le importaste nada, Ivonne, y ahora vas a bailarle el agua. Y además...

—¿Has terminado ya o vas a seguir dándome la brasa? —resopló.

—Pues mira no, no he terminado, además me prometiste que si pasaba algo entre nosotros él sería historia. ¿O también vas a negarme que hiciste esa promesa?

—No, no voy a negártelo, pero yo no creo en las promesas, ¿sabes?

—Para haberlo sabido antes, una persona sin palabra está vacía, ¿sabes tú? —Repetí su misma coletilla para poner énfasis en el asunto.

—Pues vale, lo que tú digas. — Abrió el bolso y, para tocarme un poco más las narices, encendió un cigarrillo.

—Y esa es otra, ¿desde cuándo fumas?

—Desde que me da la real gana, solo me falta tener que darte explicaciones de lo que hago o deshago en mi vida. —Salió andando hacia Benji quien no se dignó bajarse del coche, así de educada era aquella rata de cloaca.

Tuve que apretar los puños, pues la ira se iba apoderando de mí por momentos. Como mínimo, le hubiera gritado a aquel niño que se marchara de allí cagando de leches y que no tuviera el valor de volver a dirigirle la palabra en la vida.

Sí, todo se me estaba yendo de las manos y había llegado el momento de recuperar las riendas de la situación. Por mucho que me costara dar mi brazo a torcer, me había equivocado con ella. Ivonne disfrutó jugando conmigo, engatusándome y, pese a su juventud, logró llevarme a su terreno. Como Darío que me llamaba que eso no volvería a suceder.

Había jugado con fuego y me había quemado. Intentaría hacer como que nada pasaba, pero lo tenía rematadamente difícil. No sabía cómo, pero llevaba a Ivonne demasiado dentro.

Ni siquiera se despidió de mí cuando entró en la casa. Lo último que vi antes de que desapareciera a través del umbral de su puerta fue el contoneo de sus caderas. Imposible ser más sexy, era la tentación ella mujer. Y yo... Yo me estaba volviendo loco por momentos.

Decidí quedar con Peter aquella tarde. Ivonne me había dicho que tampoco saldría, que tenía que estudiar... A decir verdad, no sabía a qué jugaba, ya que tampoco la vi demasiado efusiva con Benji. Más bien fue él quien la besó. Igual en el fondo se le caía la cara de vergüenza de estar moviendo los hilos de ambos al mismo tiempo, o igual simplemente aquel día le había dado por ahí y otro se lo comía a besos delante de toda mi jeta.

Peter llegó a la hora de la merienda con una sonrisa de oreja a oreja.

—No te he visto muy contento cuando te he llamado, amigo, ¿qué pasa? ¿La princesita de la casa no está dispuesta a compartir su futura corona contigo?

—Calla, calla y no te lo tomes a coña, que no sabes el plan que tengo...

—¿Qué dices? Me lo tienes que contar con detalle. Ya sabes que siempre se nos dio bien analizar las cosas en conjunto, hacemos una pareja sensacional —bromeó.

—Sí, la verdad es que creo que eres la persona más compatible que me he cruzado en el camino, lo mismo hasta me trae cuenta que nos casemos —le seguí el rollo.

—¡Y una mierda! Que, a mí, de los dos hermanos, tú eres el que me gusta menos. Por mucho que quieras, nunca vas a poder competir con la sonrisa de tu hermana.

—Eso es verdad, yo soy el feo de los dos.

—No, no, eres el que menos me gusta, pero de feo no tienes un pelo. Joder, si en Arabia Saudí solo les faltó sortearte, o mejor aún, pujar por ti.

—¿Te imaginas? Eso hubiera sido divertido. —Visualicé la escena y me salió la primera sonrisa en varios días.

Es lo que tenía Peter, que sabía sacar lo mejor de mí incluso en los peores días.

—Cuéntame anda, que me temo que tenemos gabinete de crisis a la vista. Dime que al menos tienes algo para ponerme un lingotazo y que me sea más llevadero.

—Sí, en el salón hay un botellero completo, gentileza de la casa.

—Pues nada, saca copas que ya está tu barman particular haciendo de las suyas.

Desde que lo conocía, Peter era único para las fiestas. Cogió las copas y nos preparó dos “lingotazos” como él decía.

Si por mí hubiera sido, me habría acabado cada una de aquellas botellas y a palo seco durante el fin de semana, pero me guardé mucho de tocar ni una porque ya habría sido la hecatombe.

—Cuéntame tú, anda, primero las buenas noticias.

—Pues las buenas noticias son que me he enganchado a tu hermana, en el buen sentido de la palabra, claro. —Dio un sorbo a su copa y se quedó a la expectativa por si todavía me sentaba mal y le saltaba encima.

—Capullo, sabes que tienes mis bendiciones, lo único que te pido es que vayas con cuidado con ella. Si la lastimas eres hombre muerto —le advertí medio en broma medio en serio.

—Ya lo veo, ya, ahora el capullo he pasado a ser yo, ¿no? Me refería a que nos mandamos wasaps contándonos nuestras cosas a cualquier hora y estoy deseando que llegue la noche para hablar con ella por teléfono. En cuanto acuesta a los niños nos dan las tantas charlando.

—Pues sí que os ha dado fuerte, y yo que me alegro, ¿eh?

Ahí había sido hipócrita, si a ellos les había dado fuerte por hablar continuamente, ¿qué decir de mí, que ya me había acostado con Ivonne? Claro que ella no estaba precisamente enganchada a mí, sino a darme morcillas, que era lo que se le daba realmente bien.

—Sí, tío, es una mujer que merece la pena, qué te voy a contar a ti. Y luego es un dulce, ¿tú has visto esas caderas y...?

—Sigue hablando y te parto la cara, que es mi hermana y mi paciencia tiene un límite.

—*Sorry, sorry*. —Levantó los brazos, no quería gaitas. —Ahora suelta tú, porque tu cara de avinagrado no me suena nada bien.

—Tío, yo la he cagado bien cagada.

—No será para tanto, no te pongas melodramático, no creo que hayas matado a nadie ni robado el Banco de España.

—No, eso lo dejo para las series que te gustan a ti, y a mi hermana...

—Cierto, en eso también coincidimos. Ya me veo en el sofá con ella y yo con el brazo sobre su hombro y...

Arqueé la ceja y se calló. No es que desconfiara de él, pero había ciertas cosas que no quería saber sobre la vida íntima de mi hermana. Eso sí, si podía poner la mano en el fuego por un hombre, era por Peter. Me alegraba infinito por ellos, ojalá saliera de allí algo bonito, mejor que con él no estaría Eloísa con nadie.

—No, no he hecho nada de eso, pero me he acostado con Ivonne.

—¿Te has acostado con ella? —Su mueca fue digna de fotografiar.

—Sí y en su cama, con su padre en casa, ¿podías imaginar una cosa similar?

—Ni en mil vidas que viviera, amigo. ¿Y eso?

—Se rodeó y punto. No fue premeditado. Verás, que sí que lo deseaba, que hasta aparece en mis sueños, que se ha metido en mi cabeza, en mi alma y en mi corazón y no puedo pensar más que en sus curvas; pero que se ha creído que soy una marioneta y que va a manejar mis hilos y por ahí no paso.

—Buff, al final me voy a tener que ir en un taxi, pues yo creo que lo que tienes que explicarme requiere una segunda ronda de lingotazos, y puede que hasta una tercera.

Se lo pormenorizó todo y se quedó sin poder articular palabra. Cuando por fin volvió en sí, tuve que reírme con él.

—Tío, ni una vez con 16 años que me harté a pirulas en una fiesta aluciné tanto como con tu historia. No será de serie, pero sí de película; carreras ilegales, el bueno, el malo, la poli, la chica maciza, joder, ¡no le falta nada!

—Pues listo, llama a Daniel Calparsoro, el director, y ya estamos rodando...

—Déjate de bromas, esto no es ninguna tontería, ¿qué vas a hacer?

—¿Sinceramente? No tengo ni puta idea, aunque hay algo que me ronda la cabeza desde esta mañana y creo que es lo mejor.

—¿Secuestrarla? Porque ya me quedaría como dices tú, con las patas colgando.

—No, animal, secuestrarla no. En lo que estoy pensando es en dejar el trabajo y, por ende, esta casa.

—Pues no te digo yo que no sea lo mejor. Siento no tener buenas noticias, pero, por lo que me estás contando, esa chica no es de fiar. Y encima eso, son 22 añitos, es que es muy peque.

—¿Me estás poniendo de asaltacunas? No me seas cabrón, anda.

—Un poco sí, reconócelo. —Le iba el rollo de picarme.

—Como aquella vez que vino a palacio la hija del francés aquél el multimillonario y no le quitabas ojo de encima, ¿habría cumplido los 20? ¿Quién era entonces el asaltacunas?

—No, si te parece iba a tener 15, no te jode. Y yo también era más joven. Además, reconoce que yo no le puse un dedo encima.

—Eso sí, no puedo objetar nada. Aquí el único que ha sobrepasado la línea roja he sido yo. Y me ha salido el tiro por la culata. Va a ser lo mejor, amigo, me voy de esta casa. Mañana mismo le presentaré formalmente mi renuncia a Don Felipe y a otra cosa, mariposa.

—En otras circunstancias no te lo aconsejaría, pero por lo que me cuentas también me parece que va a ser lo mejor.

—Pues listo, no se hable más. Oye, y hablando de vivir bien, ¿tú cuándo te incorporas con tu aristócrata?

—Calla, calla, ya en unos días. Malo estoy de pensarlo, el otro día mantuvimos una entrevista y está como una cabra. ¿Pues no me dice que ella no se pierde un sarao? Que si el Rocío, la Feria de Sevilla, las Fallas, los San Fermín...con más de 80 tacos que tiene, ¿has escuchado en tu vida una cosa igual?

—Qué va, pero te lo vas a pasar pipa, te veo poniéndote entre los toros y ella.

—Sí, en eso estaba yo pensando. Si los astados quieren llevarse a alguien por delante, digo yo que mejor que haya vivido ya su vida, ¿no? Que a mí me queda mucho por disfrutar.

—Sí, pero no me expliques cómo, que todavía te encajo un puñetazo, anda...

Capítulo 10



Me levanté con la firme intención de abandonar mi puesto de trabajo a la mayor brevedad posible. Al hacerlo, corría el riesgo de que Ivonne se fuera de la lengua por despecho, y me dejara en evidencia delante de su padre, era evidente.

Aquel era un riesgo que debía asumir, pero no creía que ella lo hiciera por la cuenta que le traía; también Ivonne había estado en el ajo, a no ser que pretendiera argumentar que yo la había seducido, algo que ya me parecía ir demasiado lejos, incluso para ella.

Con paso firme, me dispuse a enfilar la casa. Para ese tipo de cosas soy más formal que un luto y, aunque iba a comunicarle mi renuncia formal de palabra a Don Felipe en ese momento, llevaba un rato redactándola también en mi ordenador. Sin entrar en demasiadas honduras, le explicaba que eran razones personales las que me obligaban a abandonar mi puesto.

Esperaba que no me pidiera demasiadas explicaciones que me obligaran a mentir ya que, simple y llanamente, se me daba fatal hacerlo. Lo que yo decía iba a misa y para mí la palabra tenía un valor infinito. No sabía Ivonne el daño que me había hecho al decirme que ella no creía en las promesas y al pasarse por el arco del triunfo la suya de dejar a Benji.

Entré en la casa preguntándole a Manuela por Don Felipe.

—Pues mira, Darío, todavía no ha bajado y es raro. Don Felipe es de lo más puntual para todo y el desayuno no es una excepción. Hace ya diez minutos que debía estar aquí, voy a tener que volvérselo a calentar todo. ¿Te tomas un cafelito?

—A un buen café nunca le digo que no, me temo que es mi verdadero vicio.

—¿Qué es tu verdadero vicio? —me preguntó Ivonne que acababa de entrar en la cocina.

—El café, señorita, el café —le contesté con premura.

—Ah, ok, qué aburrido...

Ya volvía a darme donde más dolía, azotándome con el látigo no ya de su indiferencia sino de la suspicacia.

—Buenos días, Ivonne, ¿un cafecito? —le preguntó con cariño Manuela.

—Sí, sí, gracias. —A ella sí la trataba con total respeto, tenía más suerte que yo.

—Justo le estaba diciendo a Darío que tu padre no se ha levantado hoy, ¿no te parece raro?

—Raro, no, rarísimo. Voy a acercarme a despertarlo, igual no le ha sonado la alarma.

—Pues sería la primera vez en los muchos años que llevo en esta casa, pero ve por favor.

Ivonne salió de la cocina y yo tomé entre mis manos la taza de café que acababa de servirme Manuela. Poco sabía que no estaba destinada a satisfacer mi necesidad de esa bebida, sino a acabar salpicando el bajo de mis pantalones y mis brillantes zapatos.

—¡Papá, papá! ¿Qué te pasa? —le escuché chillar a Ivonne y fue entonces cuando la taza resbaló de entre mis dedos.

—¡Algo pasa, corre, hijo! —exclamó Manuela mientras yo entraba en acción.

En pocas zancadas me encajé en su dormitorio y la fuerte opresión que afectaba a su pecho y que se irradiaba a los brazos no dejó que me planteara demasiadas dudas.

—¡Ivonne, llama a una ambulancia!

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—¡Haz lo que te digo y volando! ¿No ves que le está dando un infarto?

Fueron unos minutos de auténtica locura, con Don Felipe debatiéndose entre la vida y la muerte y su hija tan afectada que Manuela y Chus tuvieron que sacarla del dormitorio.

En cuanto los médicos llegaron y lo estabilizaron, prepararon el traslado a la clínica más exclusiva de la capital, una de esas que después te pasa una factura con incontables ceros a la derecha.

—Tengo que estar con él, vámonos por favor —me pidió una llorosa Ivonne que parecía haber dejado sus humos atrás.

—Por supuesto. —Julián estaba al llegar, pero no íbamos a esperarlo. Arranqué el coche e Ivonne se sentó en el asiento del copiloto.

—No te preocupes que se pondrá bien —le comenté con la seguridad de que así iba a ser.

—¿Tú crees? —El hipo hizo acto de aparición en ella mientras formulaba la pregunta, convirtiendo el suyo en un llanto hiposo que me llegó al alma.

—Claro que sí, pequeña, claro que sí —murmuré y, sin darme cuenta, volví a acortar las distancias entre nosotros.

—Si le llega a pasar algo a él yo... No sé lo que haría, a él no, Dios santo, a mi padre no...

—Te prometo que no le va a pasar nada —me aventuré a decirle sin pensarlo.

Yo sí que cumplía mis promesas, así que más me valía que así fuera si no quería quedar como Cagancho en Las Ventas

—Ojalá, Dios te oiga —murmuró mientras con el dorso de su mano se secaba las lágrimas.

No la imaginaba tan devota, aunque supuse que le pasaría un poco lo mismo que a todos, que solo nos acordamos de Santa Bárbara cuando truena.

Llegamos al hospital al mismo tiempo que Don Felipe y las primeras horas no pudieron pasar más lentas ni ser más complicadas.

Por fin, a eso del mediodía, los médicos tranquilizaron a Ivonne.

—Su padre ha corrido un inminente peligro, pero parece que ya va saliendo de él. Eso sí, a partir de ahora deberá usted intentar convencerlo de que lleve una vida menos ajetreada, pues el estrés no es un buen aliado para su corazón.

—Así lo haré, entonces, ¿va a ponerse bien?

—Sí, no se preocupe. En un ratito la avisaremos para que entre a verlo.

Nos quedamos a solas y ella se refugió en mi pecho.

—¿Lo has escuchado, Darío? Va a salir adelante. —Volvía a ser la niña dulce que tuve entre mis brazos aquella noche, pero yo ya estaba advertido de que eso solo sería un espejismo y de que en cualquier momento me podía dar otro zasca de categoría.

—Te lo dije, yo no tenía la más mínima duda. Tú padre es un guerrero y, por ende, tú una guerrera. Y, además, su digna sucesora. Piensa que, por lo que acaban de decir los médicos, te va a tocar comenzar a lidiar con el mundo empresarial, tu padre te necesita.

—Tú no conoces a mi padre, no va a ceder ni un ápice. Ese hombre va a seguir al pie del cañón hasta el último día, te lo digo yo.

—Me consta que debe ser una fiera en los negocios, nadie le ha regalado nada.

—Exacto y defiende lo suyo con uñas y dientes, es tremendo.

—Seguro, pero después de este susto seguro que va a cambiar de actitud. Tires para arriba o tire para abajo, no va a anteponer su imperio a su vida, que solo tiene una.

—Yo no estaría tan segura, pero obvio que estoy dispuesta a ayudarle en todo lo que necesite. Cualquier cosa menos que se me vaya para el otro barrio.

—Por supuesto, bonita, eso no va a suceder. Y ahora deberías comer algo, que llevas hora sin probar bocado y vas a caer desfallecida.

—Las mismas que tú, que tampoco has comido nada. Venga, vamos.

Para mi sorpresa, estiró mi brazo y me tomó de la mano.

—Esto no es correcto, Ivonne. —Me solté de inmediato.

—¿Por qué? —Me miró con extrañeza, no esperaba esa reacción por mi parte.

—¿De veras tengo que explicártelo? Soy tu guardaespaldas y estoy de servicio.

No quise meter el dedo en la llaga, ya que bastante mal lo estaba pasando. Su rictus lo decía todo; parecía triste, preocupada y cariacontecida. Pero no me faltaron ganas de decirle que si quería jugar se comprara un muñeco.

—Lo siento, además supongo que la forma en la que te traté el sábado tampoco te entusiasmó.

—No es momento de hablar de nada de eso, Ivonne, tu padre está en una situación crítica y tú debes apoyarle. Ahora lo único que importa es él.

—¿Y tú? ¿Qué lugar ocupas tú en todo esto?

—El de tu guardaespaldas, no hace falta que me repita como un papagayo, venga vamos a pedir algo de comida —insistí en que dejara el tema por ella, pero también por mi estabilidad mental, que veía peligrar por momentos.

Estuvimos comiendo en silencio. Ivonne me miraba como queriéndome decir algo, pero no llegaba a arrancar. Por mi parte hubiera deseado obtener respuesta a un buen puñado de preguntas, pero me abstuve de hacerlo.

Por lo que a mí respectaba, la tenía ya como un caso perdido. De nuevo parecía la chica desvalida a la que ayudé tras su caída y que parecía deseosa de entregarme lo mejor de sí, pero ¿cuánto tardaría en volver a dar la cara aquella otra egoísta y voluble? Miedo me daba de pensarlo.

No volví a planteármelo en los siete siguientes días, en los que Don Felipe permaneció ingresado y yo al cuidado de una Ivonne que se entregó en cuerpo y alma a mimar a su padre.

—¿Otra vez estás aquí? Eres más pesada que matar un cochino a besos, hija —le decía Don Felipe, que a pesar de su fortuna era el tío más llano del mundo, cuando la veía aparecer por las mañanas.

—Y tú te estás volviendo un cascarrabias y además con ganas de llamar la atención, ¿crees que era necesario que formaras este numerito, hombre? Si nos tienes a todos girando alrededor de ti como peonzas, eres como la dama en el ajedrez, papá, la pieza clave.

—Espero que sea en el único ámbito en el que me compares con una dama, hija, porque lo único que me faltaba a estas alturas del partido es cambiarme de acera.

—¿Te imaginas, papá? Así rollo la señora Doubtfire...

—Hija, hasta grima me da, déjate...

Conversaciones así se repetían una y otra vez a lo largo de unos días en que Ivonne parecía de nuevo una balsa de aceite; el tiempo que aquello fuera a durar solo ella lo sabría. O quizás ni eso, porque en los giros que daba su personalidad yo no encontraba lógica alguna en muchos momentos.

Dado que nos pasábamos el día entero en el hospital, en los trayectos nocturnos hacia la casa conducía yo, dejando un merecido descanso a Julián, que se encargaba durante el día de abastecer la casa y hacer recados varios.

Ivonne aprovechaba para intentar establecer un nuevo canal de comunicación entre nosotros al que yo temía más que a un vendaval, por lo que solía salirle por la tangente y cortarla en seco.

—Te deseo —murmuró en mi oído una noche antes de que le dieran el alta a su padre.

—Haré como que no he oído eso —le contesté.

Bastante hacía con intentar consolarla en los muchos momentos en los que se venía abajo, pero no podía permitirme el lujo de que volviese a jugar conmigo. Ya había picado el anzuelo una vez y me había llevado a plantearme perder mi puesto de trabajo, una idea que seguía en mi horizonte, pero que ella desconocía.

—No vas a poder esquivarme eternamente y lo sabes, no teniéndome al lado —me dijo con total seguridad y con una mordida de labio inferior que me hizo estremecer.

—No voy a estar siempre a tu lado, Ivonne, en cuanto tu padre esté repuesto me iré, era por eso por lo que entré en la casa la mañana que le dio el infarto.

—Estás de coña, ¿no? Quieres castigarme por lo que pasó, por no hacerte caso después de que nos acostáramos.

—Yo no quiero castigarte, Ivonne, eso nunca ha entrado en mis planes. Solo quiero alejarme de ti antes de que sea demasiado tarde.

Tampoco entraba en mis planes verla llorar y esa noche lo hizo. Conté hasta osos polares en la soledad de mi cama, pues con las ovejas no tenía ni para empezar. ¿Serían las tuyas lágrimas de verdad o de cocodrilo? ¿Y si se asustó después de acostarse conmigo, dándome largas, y luego se había arrepentido de veras?

Vueltas y más vueltas y los ojos como platos. Y mientras, la silueta desnuda de Ivonne en la penumbra de aquella habitación, imposible de sacar de mi mente. No podía imaginar un martirio mayor ni tener una mente más confundida.

Capítulo 11



Estaba a punto de conciliar por fin el sueño cuando escuché los nudillos en la puerta. No, no podía ser. La abrí en calzoncillos y mis peores temores se confirmaron. Los peores o los mejores, porque Ivonne aparecía en cada uno de mis sueños, dejándome una sensación húmeda de la que no podía librarme durante el día ni bien ni mal.

Fue imposible esquivarla, pues entró en mi casa con la fuerza de un ciclón, cerrando la puerta y despojándose de aquella ropa deportiva a toda velocidad. Hacía un rato que habíamos llegado del hospital y todavía su melena chorreaba tras ducharse.

Por lo que vi a continuación no era su melena lo único que lo hacía, pues, mientras la tomaba en brazos, mi dedo corazón fue a parar directamente a su sexo, encontrándolo a punto de caramelo.

Si salvaje había sido su entrada, más lo fue mi reacción. No me había pasado antes, no eso de querer poseer a una mujer en décimas de segundo sin prolegómenos y con un creciente deseo que me llevaba a hacerla mía sin contemplación alguna.

Tampoco es que ella fuera a oponer ninguna resistencia. Ivonne se estremeció tan pronto mi dedo entró en contacto con su sexo y no digamos ya cuando lo introduje en él, tras lo cual fue otro y otro más.

Mientras lo hacía, ella de espaldas a mí, fue agachándose a la par que yo me arrodillaba, dejando su sexo a la altura de una lengua que moría por volver a saborearlo.

Al mismo tiempo que mis dedos activaron cada una de las terminaciones nerviosas del interior de su vagina, su clítoris vibró al contacto con una ardiente lengua que no estaba dispuesta a parar hasta que no estallara para mí. Apenas tuve que esperar un par de minutos para que sus gemidos me indicaran que anhelaba la embestida de un duro miembro que luchaba por liberarse del yugo de mi ropa interior.

Una vez liberado la tomé en brazos y, mientras ella rodeaba mi cintura con sus largas piernas, la embestí de una forma tan certera que mordió mi labio hasta hacerlo sangrar.

Su sonrisa lasciva, mientras íbamos bailando al son de las tremendas embestidas por todo el salón, sacaban una parte de mí tan feroz que ni yo mismo conocía.

Embestida tras embestida, lo único que deseaba era notar cómo su deseo seguía aumentando con el mío, y la forma en la que la humedad interna de Ivonne descendía en dirección a sus muslos me daba la pista de que aquella fiesta no había hecho más que empezar.

Notar que en tal postura volvía a estallar me volvió loco y fue entonces cuando, llevándola hasta la cama, la puse a cuatro patas. Mientras volvía a embestirla, hizo el mejor uso de aquella mueca irresistible y me regaló la imagen más sexy del mundo, recogiendo el pelo hacia un lado y gimiendo para mí con total frenesí.

No contenta con ello, quiso demostrarme que era una extraordinaria bailarina y, mientras ella misma se tocaba a placer para mí, usó mi miembro como si fuera una barra de estriptis;

resbalando sobre él con unos movimientos que me señalaron que aquella función erótica estaba próxima a su fin.

Me vacié en Ivonne al mismo tiempo que su bestial gemido me habló de que volvía a rozar el clímax, por lo que el disfrute mutuo acrecentó un placer que alcanzó cuotas desproporcionadas.

Tras terminar, ambos caímos exhaustos en la cama.

—No sé cómo lo has hecho, pero me has vuelto a llevar a tu terreno —le confesé mientras la besaba.

—¿De veras vas a decirme que no lo deseabas lo mismo yo? Dicho así parece que te hubiera obligado a punta de pistola. —Rio y el sonido de aquella risa se convirtió en música para mis oídos.

—Sabes que lo deseo, pero lo que no deseo es que me des otro palo de esos que me dejan fuera de juego, bonita.

—Debes pensar que estoy un poco loca, ¿no?

—Qué va, mujer, no pienso que estés un poco loca, sino que estás loca del todo. —No iba muy desencaminado cuando se lo decía, pues algo de eso había.

—Muy bonito, gracias por la confianza —se hizo la ofendida.

—¿Y qué quieres que piense, cielo? Si tan pronto pareces una gatita ronroneante que demanda mimos como una leona salvaje que me va a enviar a criar malvas de un zarpazo.

—¿Tan loco te vuelvo? —Me hizo un puchero y yo le pedí al universo que dejara de mirarme así, porque no respondía.

—No, me vuelves más; en el sentido bueno y en el malo. De modo que, haciendo un juego de palabras, esto no tiene sentido.

—Podríamos dárselo, solo que...

—¿Qué? Sé que hace tiempo que quieres decirme algo, pero no reúnes el valor, ¿por qué no eres clara, Ivonne?

—No te atrevas a juzgar mi claridad o mi falta de ella, tú no sabes nada sobre mí ni sobre mis problemas. —Se puso a la defensiva total.

—Exacto, no tengo ni idea porque no me das la oportunidad, me quieres solo para el sexo. — En ese instante fui yo el que puse el puchero, pensando que igual así le tocaba el corazoncito y soltaba prenda.

—Ay, qué mártir él, que solo lo quiero para echar unos polvos sensacionales, a trabajos forzados te estoy condenando —suspiró.

—No seas injusta, sabes que me encanta estar contigo, pero si voy a poner toda mi vida patas arriba por esto, quiero más.

—¿Qué quieres exactamente? Venga, suéltalo por esa boquita, que tomo nota mental, hoy me siento generosa.

Generosa no sé si se sentiría, pero se notaba a leguas que el hecho de que su padre fuera a recibir el alta al día siguiente la tenía de buen humor. Otra cosa que jugaba a mi favor era que el malandrín de Benji estaba desaparecido en combate desde que Don Felipe ingresó. ¿Se habría olvidado ya de ella? Ojalá que así fuera, porque no podía entender qué mierda mantenía unida a Ivonne a un degenerado como aquel, que no le daba su sitio como mujer y que no debía saber hacer ni la o con un canuto.

—Quiero el cuento completo —le contesté con firmeza.

—¿Quieres a la princesa de la boca de fresa? —bromeó ella.

—¿Ves? Contigo no hay manera, hasta cuando te cojo de buenas te burlas de mí. Pero no puedes

engañarme, tienes puesta una coraza que yo voy a derribar a martillazos.

—¿A martillazos? Y yo que me había hecho ilusiones de que podías derribarla con otra herramienta...—De nuevo esa mordida de labio que pedía guerra en grandes cantidades.

—No me provoques, hazme el favor, no me provoques.

—Y tú no me pidas que renuncie a ello porque es lo que más me gusta en el mundo.

Sus palabras me sonaran sinceras y antes de que quisiera darme cuenta, ya volvía a estar dentro de ella. Sin lugar a duda que ese podría convertirse en mi pasatiempo favorito.

Consumado el segundo asalto constatamos que era tarde, demasiado, y al día siguiente debíamos ir a por Don Felipe.

—Tienes que marcharte a tu dormitorio, preciosa, no podemos permitirnos que alguien te eche de menos y comiencen a buscarte.

—¿Alguien? ¿Es que acaso crees que yo soy la reina de Inglaterra y voy a conceder audiencia ahora? Para Manuela que estoy dormida como una bendita, no te vas a librar tan fácilmente de mí.

Ni lo iba a hacer, pues su decisión me decía que sería así por descontado, ni era lo que yo deseaba. Dormir con Ivonne volvía a representar para mí un sueño hecho realidad. Ni bendita idea tenía de cuánto me iba a durar en esa ocasión el sueño, pero sí que deseaba sacarle el máximo jugo a cada una de las horas que pudiera permanecer con ella en la intimidad.

—Bonita, tienes que despertarte ya —le comenté antes del amanecer.

—¿Qué dices? Déjame dormir un poquito más, estoy derrotada —se quejó.

—No puede ser, ve a vestirme que en breve nos vamos para el hospital.

Se estaba haciendo la remolona porque no sabía ni dónde estaba tras una noche intensa y unas horas de sueño que se nos habían hecho demasiado cortas, pero escuchar la palabra “hospital” le hizo poner los pies en el suelo.

—Es cierto, hoy le dan el alta a mi padre —murmuró volviendo en sí.

—Exacto, así que ve a vestirme y yo te espero aquí.

—No antes de que me des un beso —exigió poniéndome morritos.

Le di no uno, sino un ciento antes de que se levantara y la esperé para llevarla al hospital. La noche anterior podía calificarse de fabulosa, pero no había conseguido que ella vomitara nada sobre esa actitud que tanto me daba que pensar.

—Papá, estás como una rosa, ¿has visto el buen color que tienes? —Ivonne sacó un espejito de su coqueto bolso para que su padre se mirara cuando íbamos para fuera.

—¿No me he quedado demasiado delgado, hija?

—¿Demasiado delgado? Estás estupendo y a punto para abandonar la soltería, ¿eh?

Desde el divorcio de su madre, Ivonne me contó que su padre no había vuelto a tener ninguna relación seria. Algo que me decía que ella tenía un gran corazón era que no quería a su padre para sí ni mucho menos.

Si por Ivonne fuera, Don Felipe ya llevaría emparejado mucho tiempo, pero se había volcado demasiado en sus negocios y parecía haber cerrado su corazón a cal y canto.

—¿Me hablas de una pareja, hija? —le preguntó extrañado.

—Sí, papá, y no me mires con esa cara que es una pareja y no un extraterrestre, que no soy el de “Cuarto Milenio”.

—Qué cosas tienes. Mira, yo más que una pareja lo que voy a necesitar es una media socia, porque los médicos me han leído la cartilla sobre el trabajo.

—Lo sé, y yo también te la voy a leer, pero lo cortés no quita lo valiente —le iba diciendo ella mientras yo empujaba la sillita de ruedas en la que lo llevamos hasta el coche.

Cuando estuvo sentado en él tuvimos que carcajearnos con sus ocurrencias, a quién si no iba a salir la niña con las suyas...

—No te fastidia, ¿se han creído que tu padre es un tullido con la sillita esa?

—Lo que yo te diga, papá, te has vuelto un cascarrabias, a mí ni se te ocurra amenazarme con que vas a tener una vejez así porque no pienso aguantarlo.

Era muy divertido verlos juntos. Cuando estaba cerca de su padre, Ivonne parecía olvidarse de unos problemas, los que fueran, que sacaban lo más feo de ella en otros momentos. Y la peor parte me la solía llevar yo, pues no era la primera vez que jugaba conmigo a su antojo.

Después de aquella segunda noche de pasión, y con Don Felipe perfectamente instalado en su dormitorio, me debatía sobre lo que hacer con mi carta de renuncia. Mi corazón me decía que me quedase, pero mi cabeza casi me exigía que pusiera mucha tierra de por medio...

Capítulo 12



La vuelta a la vida normal se produjo en solo unos días... Y cuando digo a la vida normal me refiero también a esa pesadilla capaz de hacerme sentir una opresión en el pecho similar a la de Don Felipe el día de su infarto.

Una vez que mi jefe estuvo restablecido, Ivonne se reincorporó a sus clases. Hasta que lo hizo todo fue como la seda y, aunque yo le había pedido por activa y por pasiva que no volviera a pasar por la casa del jardín, ella hacía caso omiso y en más de una ocasión fue una odisea poder sacarla de allí sin que nadie se diera cuenta de la maniobra, tras amarnos.

En cualquier caso, aquella actitud que me derretía me hizo replantearme mi marcha. Así las cosas, pensé que igual debía dejar que las cosas fluyeran y no tomar decisiones precipitadas en un momento en el que Don Felipe me necesitaba más que nunca.

El problema sobrevino el mismo día en el que Ivonne se reincorporó a sus clases. No me equivoco si digo que observé un cambio de actitud en ella desde por la mañana, como si no tuviera gana alguna de hacerlo, como si le diera, ¿miedo?

—Buenos días, señorita —le dije al verla venir caminando con aquellos andares felinos que harían removerse en su tumba a un muerto.

—Para quienes los sean, Darío, para quienes los sean —me contestó mientras Julián parecía tomar nota mental de todo.

Ese porque no sabía de la misa la mitad, pero con el interés que mostraba en el tema, si hubiera tenido todos los detalles, habría hecho de nuestra historia un guion de telenovela.

No es que Ivonne tuviera ganas de guerra ni de provocarme con sus malas contestaciones como antaño, pero no era la viva imagen de la felicidad precisamente.

—¿Un poco cargante tanta responsabilidad? —le pregunté por lo bajini cuando ya estuvo cómodamente instalada en el coche, para lo que le dije a Julián que pusiera el parte meteorológico.

—Un poco cargante la vida, Darío, la vida en general —resopló.

Mi pregunta iba en la línea de que a aquella niña bien se le había acabado lo de vivir únicamente del cuento, pues el estado de su padre provocaba que ella tuviera que comenzar a echarle una mano en la dirección de la empresa... o las dos.

Aunque su formación la convertía en una persona sobradamente preparada para dar sus primeros pasos en el mundo empresarial, quizás para ella aquello supusiera una carga demasiado pesada.

No hubo manera de que articulara ni una sola palabra más en todo el camino. Ni siquiera su aspecto era tan cuidado como el de otros días. Además, y según me había confesado en su última incursión a la casa del jardín después de que nos amáramos durante horas, había perdido demasiadas clases y algún que otro examen.

Rogué al cielo para que fuera todo aquello lo que la tuviera así, pero por allí arriba debían estar de lo más ocupados, ya que ni Dios escuchó mis súplicas y nunca mejor dicho.

La imagen taciturna de Ivonne me dejó preocupado una vez que entró en sus clases, pero la que observé al mediodía... esa me dejó loco.

Benji la esperaba en el coche y le hizo una señal para que acudiera.

—No, no me lo puedo creer —le dije—, Ivonne ni se te ocurra, por favor.

Yo no había querido volver demasiado sobre ese tema en unos días tan complicados como los que ella había tenido que sufrir, pero daba sobradamente por sentado que lo nuestro cerraba definitivamente ese nefasto capítulo de su vida.

Desde que no tenía relación con Benji, Ivonne era otra persona y ni siquiera la había vuelto a ver sosteniendo un cigarrillo entre sus dedos ni tener ninguna de esas actitudes que tan profundamente me molestaban.

—Déjame, Darío, no me presiones, tú no lo entiendes.

Por mi madre de mi alma que no lo entendía, desde luego que no; lo único que entendía era que las ganas de acercarme a él y usarlo como un saco de boxeo crecían sin posible parada en mi interior.

Me acordé de aquella frase que tanto decía mi hermana Eloísa de que había rachas en las que uno ponía un circo y le crecían los enanos. Eso debía estar ocurriéndome a mí, ya que cada vez que me sentía más cercano a Ivonne terminaba alejándose a años luz de mí.

—Lo único que entiendo es que me están entrando ganas de matarlo.

—No gastes energía en esto, no tiene sentido —me soltó mientras avanzaba hacia él.

¿Qué había querido decir con esas palabras? ¿Qué era lo que no tenía sentido? ¿Lo nuestro, lo suyo, lo de todos?

Por primera vez en mi vida sentí una punzada en la cabeza tan dolorosa que temí seguir el mismo camino de Don Felipe, eso si no me moría directamente del berrinche.

Ivonne se acercó al coche y vuelta a la misma cantinela de siempre. Para colmo de males, el bus llegó en ese momento interponiéndose entre el coche y yo, por lo que ni siquiera pude observar quién besaba a quién en esa ocasión. ¿Y qué más me daba? Ivonne me acababa de demostrar por enésima vez no solo que no creía en las promesas, sino que no tenía palabra.

Cinco minutos debió durar una conversación que me pareció eterna. El mierda aquel le insistía en que se montase en el coche con él, algo a lo que por suerte ella no accedió. ¿Dónde querría llevarla o de qué querría convencerla? Por Dios que le iba a tener que colocar un micro porque lo que estaba sufriendo yo no estaba en los escritos.

Cuando Ivonne quiso volver, ya no era la misma. Definitivamente algo en Benji la estaba trastornando y yo tenía que saber lo que era. Si no me quitaba esa obsesión de la cabeza me veía entre barrotes, pues igual no podía resistir la tentación de liarme a mamporros con aquella sabandija hasta arrancarle una confesión.

Lo dicho, mi estabilidad mental se iría a pique de seguir así y eso que todavía no conocía la magnitud de las curvas que se avecinaban.

—¿Qué te ha dicho, Ivonne? ¿Qué es lo que quería ese tipo? —le pregunté en el colmo del cabreo, fuera de mí, y en un tono tan alto que varios de sus compañeros nos miraron.

Estaba logrando sacar lo peor de mí, pues en mi puesto de trabajo mi comportamiento siempre fue intachable.

—¿Vas a dejar ya el numerito de celos o pretendes que acuda hasta el director? Porque te recuerdo que tú, como me has dicho más de una vez, solo eres mi guardaespaldas.

Ese había sido un golpe bajo, pues yo había utilizado tal argumento en un momento puntual de cabreo (por otro lado, de lo más normal dadas las circunstancias), pero a ella le vino genial.

Aquella fue su única y altiva respuesta, no dándome más explicación. Tampoco yo le dirigí más la palabra. Igual no había ningún misterio que desenmarañar en la vida de Ivonne; quizás simplemente contaba con una psique perversa y le gustaba jugar con los demás.

Lo más probable era que aquella niña lo hubiera tenido absolutamente todo en la vida y estuviera acostumbrada a manejar las circunstancias a su antojo, incluyendo a los hombres. Y cuando los conseguía, los echaba al cajón de los juguetes viejos, sin darles el más mínimo valor.

Si había pensado que yo me iba a conformar con que me relegara a eso, a la categoría de un viejo juguete, iba lista.

De la boca de ninguno de los dos salió ni una sola palabra más hasta llegar a casa. Me odié a mí mismo por haber vuelto a caer en su trampa y permanecí durante el resto de la tarde maldiciendo mi suerte mientras me machacaba haciendo ejercicio.

Analicé la situación y lo decidí; le daría unos días más a Don Felipe hasta que estuviera totalmente repuesto y entonces sí haría lo que había decidido ya en la anterior ocasión, poner tierra de por medio.

Por la noche volví a tener todas las dificultades habidas y por haber para conciliar el sueño, algo que se había convertido ya en costumbre. Y eso por no mencionar un apagón de luz que trajo de cabeza a Juan, el chico que Don Felipe tenía contratado para el mantenimiento de la casa, pues no encontraba la causa y tardó más de media hora en solucionarlo.

Digamos que en una casa como aquella no estaban acostumbrados a alumbrarse con velas y se armó un revuelo considerable, por lo que había sido una noche movidita.

Debía llevar tan solo unos diez minutos dormido cuando me sonó el teléfono y mi incredulidad fue máxima cuando vi que era Ivonne. A punto estuve de no contestar, pues si no había querido dirigirme la palabra en todo el día, aquellas no eran horas. Sin embargo, un sexto sentido relacionado con lo profesional me llevó a atender su llamada.

—Ivonne, ¿se puede saber qué demonios...?

—Darío, por favor, no me eches la bronca, tienes que ayudarme, Benji me ha traído a una casa con un montón de amigos suyos y estoy muy asustada. Me he metido en el baño, pero no creo que tarde mucho en venir a buscarme, tengo miedo.

La llamada se cortó en ese instante y el que tuvo miedo, pero lo que se dice miedo, fui yo. Esa sensación tan caótica no la conocía y me dejó atónito. Debía esperar a que fuera ella la que volviera a llamar, pues si estaba en peligro y el resto de las alimañas aquellas escuchaban que le sonaba el móvil, las cosas se le podían poner todavía más feas.

Diez interminables segundos transcurrieron hasta que mi teléfono volvió a sonar.

—Ivonne, rápido, mándame tu ubicación, no hay tiempo que perder.

Lo hizo y comprobé que estaba a unos dos kilómetros de nuestra casa. Cogí el coche, aunque mi desesperación creo que me hubiera permitido llegar más rápido corriendo; estaba fuera de mí.

Mil ideas encontradas pasaban por mi cabeza mientras me aproximaba a aquella casa y solo un objetivo; sacarla de allí a toda costa.

Dejando el coche a una cierta distancia para no ponerlos sobre aviso, miré por una de las ventanas y vi a tres chicos bebiendo y fumando porros. Sus socarronas risas no auguraban nada bueno. Del que no había rastro era del tal Benji, lo que me puso más nervioso que un Gremlin en clase de natación.

Estudiaba todavía la situación cuando por fin lo vi, llevaba a Ivonne cogida del brazo. Ella

chillaba que la dejase en paz, que solo quería irse a casa y él le decía que no fuera tonta, que lo iban a pasar muy bien entre todos, lo que me confirmó que sus intenciones eran las peores.

Muy bien lo pasaría él sorbiendo purés con una pajita porque no le iba a dejar ni un diente en su asquerosa boca. La inferioridad numérica me importó un bledo; entre que iba a cogerlos totalmente desprevenidos y que andaban fumados y bebidos, no creí que fuera a tener ningún problema.

No me equivoqué, con total rapidez quité de en medio a los tres primeros y a tiempo me contuve de no matar al gallina de Benji, que se orinó en los pantalones después de recibir un par de buenos puñetazos que lo tiraron al suelo.

—Si te vuelves a acercar a ella eres hombre muerto, ¿me has oído, hijo de puta? —le chillé.

—Sí, sí, llévatela, pero déjame, tío. Yo no quiero problemas.

Yo tampoco los quería, pero si no llega a ser por la intervención de Ivonne, rogándome que lo dejara, me los hubiera buscado y de los gordos. Estaba totalmente fuera de mí, todo aquello me había hecho perder el control.

—Mueve un dedo y te denuncio por esto, te lo prometo —añadió ella antes de marcharnos de allí.

—Olvídate de todo, llévate a este tío y no me volverás a ver el pelo...

Llegamos al coche e Ivonne intentó abrazarme. Yo correspondí a ese abrazo, hecho un flan, pero pensando que de nuevo me estaba metiendo en la boca del lobo.

—Ivonne, yo tiro la toalla, no puedo más, no entiendo nada. En cuanto tu padre esté algo mejor me voy para siempre, no soporto esto.

La desesperación hizo mella en mí, aquella noche la gota había colmado el vaso.

—No, no puedes dejarme ahora, ahora no...

—¿No? ¿Y a qué tengo que esperar? ¿A que vuelvas a jugar a dos bandas conmigo y con otro niño de esta calaña? ¿A que vuelvas a escaparte una noche y me busques la perdición? ¿A que...?

No pude terminar la frase, pues ella estampó un beso en mis labios que yo rechacé.

—Se terminó, esto se terminó, tú y yo no volveremos...

—Darío entiendo cómo te sientes, de verdad.

—¿En serio? ¿Me vas a decir que de repente te has puesto en mis zapatos y lo has visto todo claro?

—Ya hace días que me puse en tus zapatos, sé que te debo una explicación y de las gordas, y ha llegado la hora de que te la dé.

Por un lado, moría de ganas de oírla, pero por otro, solo quería correr lejos y olvidarme de que la había conocido.

—No juegues más conmigo, por favor. Si vas a ser sincera, adelante. Pero si solo vas a enredar más, deja las cosas estar.

—Darío, al principio jugué contigo, cierto. Me molaba esa imagen de chica rebelde y ponerte celosa con Benji. Yo... yo no vine bien de Estados Unidos y no sabía comportarme de otro modo.

—¿Por qué? ¿Qué te pasó allí?

—Eso forma parte del pasado y está enterrado, te pido que lo respetes. El caso es que llegó un momento en el que quise dejar a Benji por ti, me di cuenta de la diferencia y de que él no me aportaba nada. Entonces se lo dije y él me amenazó.

—¿Esa sanguijuela te amenazó? No lo entiendo, ¿te puso una mano encima? Si es así dímelo porque todavía... —Me hirvió la sangre, literalmente sentí que me quemaba en las venas.

—No, hizo algo peor. Me amenazó con publicar un vídeo que yo cometí el error de mandarle, ya sabes un vídeo...

Suspiré hondo porque había que ser criminal para hacerle eso a una mujer.

—Ivonne, ¿por qué no me lo contaste antes?

—Porque me daba miedo, vergüenza y de todo. Durante los días que estuvimos en el hospital me dejó en paz y yo creí que ya estaría con otra y que se habría olvidado de mí, pero hoy reapareció por wasap a primera hora de la mañana. Y luego al mediodía.

—Ya, ya lo vi y me quise morir.

—Discutimos cuando me acerqué al coche y él insistió en verme esta noche. Según él teníamos que hablar de lo nuestro y por eso me las vi y me las deseé para poder salir de casa.

—¿El apagón? ¿Tú provocaste el apagón?

Ivonne asintió con la cabeza.

—Pensé que aquel revuelo sería la única forma de desviar tu atención sobre mí y lograr salir de casa.

—Y te ha podido costar muy caro, mi niña, muy caro.

—Cada vez que Benji me presionaba yo sentía la necesidad de apartarte de mi lado. Me veía sucia, rastrera, me veía... De ahí esa actitud insoportable.

—Te veías como realmente es él. El muy hijo de mala madre lograba darle la vuelta a la tortilla. Nunca voy a entender cómo te has podido relacionar con un tipo así.

—No me juzgues, Darío, por favor, no me juzgues. Hace semanas que quería quitármelo de encima y por fin lo he logrado —me confesó mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas y yo la abrazaba fuerte, muy fuerte...

Capítulo 13



Dos semanas habían transcurrido desde la noche que rescaté a Ivonne de las garras de aquel malnacido y todo había cambiado por completo. Ni rastro de la niña consentida y provocadora que había sido al principio.

Quizás debo rectificar, pues en lo que sí seguía siendo provocadora, y al máximo, era en el terreno sexual. Ivonne me tenía realmente loquito, enamorado hasta la médula. Eso no era algo que tuviera previsto, pero ocurrió y tampoco tenía armas para luchar contra ello.

Muchos eran los momentos en los que ambos fantaseábamos sobre cómo decírselo a Don Felipe. En esos casos, una Ivonne de lo más teatrera tomaba la iniciativa en la casa del jardín y yo me partía de la risa.

—Pero ¿a ti qué es lo que te pone nervioso del tema? Yo no lo entiendo, si el asunto es muy sencillo.

—Sencillo lo verás tú, yo creo que va a contratar una legión de sicarios, a ver si no me equivoco.

—Que no tonto, si le va a encantar. Y mucho más tal y como yo se lo voy a plantear, ¿no es un empresario?

—¿Y qué tendrá eso que ver?

—Sí, claro que tiene, con decirle que a partir de ahora va a tener un 2x1, guardaespaldas y yerno por el mismo precio, lo va a ver fenomenal.

—Mírala ella qué ingeniosa.

El teatrillo en cuestión lo llevaba a cabo con una de mis camisas blancas por encima y el vestido de Eva debajo, por lo que se adivinaban todas aquellas virtudes con las que la madre naturaleza la había dotado.

—Ven aquí, que te voy a dar yo ingenio, guardaespaldas mío.

Aprovechábamos cualquier hueco en el que en la casa estuvieran entretenidos para entregarnos a la pasión, a la charla, a los juegos y a un sinfín de actividades que nos llenaban el alma.

Desde que Ivonne me abrió de par en par su corazón, se había convertido en la mujer perfecta para mí. Los trece años que nos llevábamos no parecían suponer para ella ningún obstáculo, como tampoco el hecho de que yo no fuera más que un simple empleado de su padre y ella la heredera de un imperio.

Cierto día, después de almorzar, una hora a la que no solíamos vernos, me cogió de improviso el que sus nudillos aporrearan mi puerta.

—¿Qué haces aquí, fierecilla? ¿Pretendes que se me corte la digestión? —le pregunté con gracia.

—Se me ha cortado a mí —resopló poniéndose las manos en la cabeza mientras se sentaba en el borde de la cama.

—¿Y eso? Cuéntame, anda. Seguro que va a ser algo tan grave que no tenga solución alguna, ¿el fin del mundo quizás?

—No te lo tomes a broma, ha sido mi padre, que es más papista que el papa.

—¿Y eso? ¿Qué te pasa?

—Pues que me acaba de contar que está organizando un evento de altísimo nivel para presentarme en el mundo empresarial.

—¿Me lo dices de veras? Es para matarlo, para enviarlo a un pelotón de fusilamiento, ¡qué desconsiderado!

—Sí, sí, tú tómatelo a broma, pero ha invitado al país entero y a parte del extranjero, lo que incluye a mi madre y a Ronald, su marido.

—No, no me lo puedo creer, ¿qué pinta tu madre en uno de los días más importantes de tu vida? Ni que ella te hubiera parido o algo, es realmente increíble.

Que yo me pusiera en ese plan solía ejercer un efecto sensacional en Ivonne, que siempre acababa riéndose y perdiendo presión como las ollas, pero aquel día no lo lograba.

—Tú no lo entiendes, tú no lo entiendes —murmuraba entrando en bucle.

—Desde luego que no lo entiendo y al ser uno de esos misterios sobre los que no hay manera de que se te suelte la lengua, no voy a entenderlo nunca.

—No tendrás valor de quejarte de mi lengua. —Cambió el tercio rápidamente y la vi venir. Ya le había salido aquella fierecilla sensual que tanto me ponía.

La sesión de altos vuelos que vino a continuación, y que yo esperaba que lograra relajarla, fue épica.

—Dile a tu padre que sales esta tarde con tus amigos y te invito a merendar. —Le di un beso en la mejilla mientras acariciaba su pelo.

Desde que no frecuentaba la compañía de Benji, Ivonne se relacionaba más con sus compañeros, por lo que a Don Felipe no le extrañaría en absoluto que quedara para merendar con ellos. De hecho, se alegraría, porque sabía que su hija estaba últimamente hasta arriba entre los estudios y su incursión en el mundo empresarial.

Por aquellos días, yo estaba viendo la serie “The Crown” sobre la monarquía inglesa y a menudo me mofaba de ella al compararla con la reina Isabel.

—Te pasa como a ella de joven, que te pesa la corona. —Me divertía mucho buscándole la lengua.

—No vayas a creer que no, a veces pienso que estaría mejor en una comuna hippie por ahí, haciendo lo que me venga en gana. Cuando mi padre me presente en su círculo tendré que decirle adiós a mi anónima vida y los paparazzi me perseguirán como a él.

—Cielos, esa es una tragedia griega, ¿crees que podrás sobrevivir a ella?

—Pregúntate si podremos sobrevivir, porque tú también te vas a llevar tu buena ración de pastel, por listo y por hablar.

—Eso será si sobrevivo a la venganza de tu padre cuando se entere de todo esto, ¡cielos! Ahora en serio, mi niña, no sé lo que hacer ni lo que decir para que cambies esa cara. Por muy complicada que sea la relación que mantenéis tu madre y tú, tampoco creo que sea para tanto; ella vendrá, pondrá su mejor sonrisa, te aplaudirá como el resto y se irá. Luego tú podrás continuar con tu vida, que está llena de cosas maravillosas, como por ejemplo yo,

—Ains, mi chico, qué modesto es...

—¿Modestia? ¿Qué es eso? —Le saqué la lengua, aunque lo que no conseguía ese día ni a tiros era sacarle la sonrisa.

—¿Sabes? Mi padre dice que tengo que hablar esa noche, he de dar las gracias a todos los presentes por su apoyo y demás. Una delicia, vamos...

—No me digas que te está entrando el pánico escénico—Arqueé una ceja.

—Un poco, ¿es muy ridículo? —Se encogió de hombros mientras sorbía la pajita de su batido helado.

Viendo la carilla lujuriosa con la que la miré, lo hizo a propósito, sorbiendo con más ímpetu mientras sus pies, calzados con unas deportivas Converse, buscaban mi entrepierna por debajo de la mesa.

—No me busques, aquí no, te lo pido por favor —murmuré mientras empezaba a sudar la gota gorda.

—¿Y por qué no?

Eso mismo me pregunté yo cuando, medio minuto más tarde, comenzaba a poseerla en un baño que fue el mudo testigo de cuánta pasión éramos capaz de derrochar a golpe de embestidas.

A parir de ese día, y siempre que no estábamos en esos menesteres, Ivonne y yo ensayábamos el que iba a ser su discurso. Yo le servía de público y la hacía reír mientras ella le iba perdiendo el miedo a algo a lo que era normal que se lo siguiera teniendo.

Cada vez que le sacaba una risa me sentía victorioso porque aquella fiesta había ensombrecido su carácter durante esos días. Ni mucho menos es que volviera a las andadas y estuviera insoportable, que ya aquella etapa había pasado a la historia, pero ella se sentía profundamente incómoda. Por ende, yo también estaba deseando que pasara.

Don Felipe, que sabía de la inquietud de su hija, le comentó la posibilidad de que celebrada la fiesta se marchara unos días a Roma, una ciudad por la que sabía que sentía auténtica fascinación.

Naturalmente, le propuso que llevara a la compañía que deseara, sin saber que era su guardaespaldas la única persona con la que ella quería compartir el que sería nuestro primer viaje en común.

Lo ideal sería revelarles nuestro “pequeño secreto” antes de subirnos a ese avión, para lo que ya habíamos reunido las fuerzas suficientes; solo nos faltaba esperar el gran momento.

Capítulo 14



El día de la fiesta amaneció radiante, no así Ivonne que seguía nerviosísima.

—¿Llegó tu madre anoche? —le pregunté mientras ultimábamos el discurso en veinte minutitos que ella pudo escaparse.

—Sí, se instaló en el mejor hotel de Madrid y me envió un wasap —suspiró.

No parecía que el de la suya fuera un derroche de amor maternal, pero yo no tenía los suficientes elementos de juicio como para saber lo que habría ocurrido entre ellas.

—Oye, y sobre tu vestido, sigues sin soltar prenda, nunca mejor dicho.

—Ni lo voy a hacer, ¡sorpresa, sorpresa! — Al menos en ese instante se le dibujó en la cara una sonrisa y yo me di por contento.

—Pero bueno, pequeña, ni que fuera un vestido de novia...

Vi brillar sus ojillos y probablemente a consecuencia de un acto reflejo los míos debieron brillar también.

La fiesta iba a celebrarse en su misma casa. Don Felipe se había empeñado y esa era una de las cosas que molestaban más profundamente a Ivonne, pues ella hubiera preferido diferenciar más lo público de lo privado.

—¿Estarás cerquita de mí durante toda la noche? —me preguntó y volvía a ser el animalito desvalido que rescaté aquella noche de las carreras ilegales.

—¿Y cuándo no estoy cerca de ti, tontuela? —Le hice una caricia en la mejilla.

—Ya, pero es que hoy estoy especialmente...

—Nerviosa, especialmente nerviosa, así que mi deber es el de permanecer especialmente atento.

—Eso es, porfí.

Se levantó y se marchó. Desde la puerta, y después de echar un vistazo por si alguien la veía, se volvió y depositó un imaginario beso en su mano que me lanzó.

Si lo que quería era enamorarme más con ese tipo de cosas, podía olvidarse. Imposible hacerlo, yo ya estaba colado por ella hasta los huesos.

Durante el día estuve discutiendo con Don Felipe algunos aspectos de la seguridad de su hija en la fiesta, leyendo e incluso charlando con Peter. A lo largo de aquellas semanas, con tanto trajín, apenas había podido ver a mis seres queridos.

—Tío, te prometo que en cuanto vuelva de Roma vamos a quedar todos.

—Reunión de parejitas, cómo mola —me contestó, dado que mi hermana y él ya habían comenzado también una relación en toda regla—. Y otra cosa, ¿sabes que iba a llamarte justo ahora?

—Suelta por esa boca, *please*, ¿a qué iba a deberse ese honor?

—A que te veré antes, concretamente esta noche.

—¿No me digas que también el carcamal está invitado a la fiesta?

—Hombre que lo está. Lo que pasa es que había rehusado porque ha estado un poco pachucha, que yo creí que me quedaba en el paro, pero al final ha resucitado y dice que esta noche se entacona y baila por no sé qué... por peteneras o algo así, ¿puede ser?

—Puede ser, puede ser... No me hagas mucho caso, pero creo que es un palo del flamenco.

A la hora de la fiesta, se contaban por cientos los engalanados invitados que entraban por la puerta. Saludé a Peter y me quedé mirando cuánta razón tenía cuando me comentaba lo diferente que iban a ser nuestros cometidos.

No en vano, aquella mujer a la que él escoltaba no solo cuatriplicaba la edad de Ivonne, sino que, por muchos potingues que se hubiera puesto en la cara, parecía una momia con fatiga.

—No sé cómo al final te has fijado en mi hermana teniendo una perita en dulce así a tu lado todo el día —murmuré y él me hizo una peineta por lo bajini.

Cuánto me apetecía compartir una noche así con mi amigo del alma. En cuántas plazas habíamos toreado juntos, metafóricamente hablando, y cuántas veces nos habíamos salvado el culo el uno al otro.

No creía que ese debiera ser el caso, porque en aquella exclusiva fiesta no había en principio demasiados visos de peligro, pero si algo nos había enseñado a ambos nuestra profesión era a no cantar victoria de antemano.

El momento en el que apareció Ivonne fue el estelar. Lo hizo con un elegantísimo vestido en gris perla y con unos largos guantes cubriendo sus delicadas manos y sus antebrazos.

Brillaba con luz propia, con independencia de que también portara unas joyas dignas de la realeza, regalo de su padre para la ocasión.

Calzaba unos zapatos de tacón de aguja que igualmente constituían una joya en sí mismos, por lo que su altura tampoco pasaba desapercibida para nadie. Digamos que, a su paso, la mayoría de los presentes enmudecieron, pues si un rasgo podía destacarse de Ivonne esa noche fue la elegancia.

Cuando me he referido a que enmudecieron he omitido el pequeño detalle de que “la momia” escoltada por Peter sí lanzó un “¡Cielos, qué belleza, toma ya!” que aplaudieron quienes lo escucharon.

La madre de Ivonne, que fue una de las últimas invitadas en llegar en compañía de su esposo, se acercó a su hija y le dio un beso en la mejilla al que ella correspondió sin ninguna gana. Sin embargo, no se me escapó el detalle de que no hubo saludo alguno entre mi chica y Ronald, y eso que todos los ojos estaban puestos en ellos.

La frialdad reinante en el encuentro fue la nota a destacar y yo comencé a entender que debían llevarse peor que mal. Con razón había vuelto tan rebelde de Estados Unidos, si ese era el ambiente en el que se movía, no me extrañaba lo más mínimo.

Su discurso fue todo un éxito y los aplausos tardaron en llegar a su fin. Durante este, Ivonne ensalzó la figura de su padre como la persona que había sacado la mejor versión de ella y eso, habida cuenta de que pasó muchos años con su madre en el extranjero, también fue significativo.

La prensa sacaría sus propias conclusiones a no tardar, pero Ivonne no era una persona falsa y no estaría por la labor de decir algo que no sentía con tal de quedar bien con una mujer que tampoco parecía hacer nada del otro mundo para acercarse a ella.

—Lo has hecho extraordinariamente, preciosa —murmuré en su oído cuando bajó y ella me sonrió.

Yo, que ya la iba conociendo, temí que se volviera y me espetara allí mismo un besazo, pero se

contuvo. Ivonne, por muy locuela que hubiera sido en ciertos momentos de su vida, sabía guardar las formas como nadie y conocía el alcance de un evento que su padre se había esmerado en preparar.

Con lo que no contaban ni ella, ni Don Felipe, ni Peter ni nadie era con que, una vez iniciado el baile, la aristócrata se lanzara a la pista como si tuviera 18 años, dando rienda suelta a la legendaria marcha esa que llevaba dentro.

Si increíble estaba siendo el espectáculo que nuestros ojos veían, más increíble fue todavía el complicado momento en el que la anciana mujer cayó al suelo. Para mí que le había dado un patatús y pasado a mejor vida.

—Ayúdame, amigo —me indicó Peter, que se agachó solícito, imagino que ya se vería en la cola del paro.

—¿Respira? —le pregunté temiéndome lo peor.

—Respira, respira, yo creo que esto ha sido una bajada de tensión o algo, que esta mujer no tiene edad de dar tanto brinco.

—De azúcar, hijo, son bajadas de azúcar —le contestó ella con voz de ultratumba.

La imagen era tétrica a más no poder, con las bailarinas que llevaba en los pies por ahí desperdigadas (que para eso habían salido volando a consecuencia del gran carajazo que había dado en el suelo), la lengua fuera y el moño como si fuera una hamburguesa una vez que la aplastas a mamporrazos.

—¿De azúcar? Pero si la he visto tomarse unos cuantos rones, señora.

—Pues, aun así, a veces me falta azúcar. Saca de mi bolsito unos caramelos de esos que tengo en tonos violeta que están de vicio. Si te gustan, cógete un puñadito para ti, muchacho.

La escena era la leche, uno con las patas temblando por si la señora pasaba a mejor vida y ella repartiendo caramelos como si fuera el rey Melchor, por lo blanco de su pelo.

—De milagro te has salvado de quedarte sin curro —le susurré a Peter mientras les echaba mano a los caramelitos y él me sonrió.

—Calla, calla, que ahora que voy a tener familia no puedo permitirme ese lujo.

—Ya hablaremos tú y yo de los términos de ese contrato —bromeé mientras él se quedaba loco al ver que la anciana abría la boca para que le metiera el caramelo dentro. Pues sí que tenía buen plan por delante el pobre...

—Peter, tú siempre has tenido buena puntería, tíralo y a ver si aciertas —me mofé de él por lo bajini viendo la papeleta que se le había presentado.

—¿Por qué no te callas? —me contestó imitando la voz de un rey emérito que no es la primera vez que menciono.

Me levanté y busqué con la mirada a Ivonne, pero no la vi. Comencé a moverme entre la muchedumbre, que se había agolpado en torno a la anciana y seguí sin verla.

—¿Don Felipe ha visto a Ivonne? —Lo aparté de sus amigos para preguntarle con discreción.

—Juraría que la última vez que la vi estaba hablando con Ronald, vaya susto que nos ha dado esta mujer, ¿eh? Mira que si después de llevar toda la vida de zascandileo por el mundo se viene a morir justamente a mi casa, qué mal rollo me hubiera dejado, con el viruji que me dan a mí esas cosas.

Gracioso era un hartón ese hombre, y sencillo, como ya he comentado en otras ocasiones. De casta le viene al galgo y era normal que su hija me hiciera doblar de la risa también en muchos momentos.

—¿Con Ronald? Aquello no me olía demasiado bien pues me daba a mí que, si con su madre

tenía diferencias, al tal Ronald es que no podía ni verlo.

—Sí, sí, con Ronald, iban en esa dirección, quizás estén en la terraza tomando un poco el aire, que sabes que a mi hija le encanta airearse.

No sabía él cuánto le gustaba a la niña, ni la forma en la que juntos nos aireábamos, que ya lo sorprenderíamos con el bombazo informativo.

Raudo, lo dejé con la palabra en la boca y me dirigí a la terraza. Nunca he tenido el olfato demasiado bueno, no me tengo por un sabueso; pero el oído lo tengo mejor que un búho, y escuché sus voces incluso unos metros antes de llegar.

—¡Ni se te ocurra contarle a nadie más esa patraña o te las verás conmigo! —vociferaba él.

—¿De verdad tienes el valor de venir a mi casa a amenazarme? ¿Y de llamar patraña a la realidad? Hay que ser el hijo de puta más grande sobre la faz de la tierra y el más asqueroso y baboso. Te mataría con mis propias manos, te lo prometo.

Esa promesa, salida de la boca de Ivonne, sí que me sonó sincera. Para una persona que no creía en ellas, le había salido de lo más hondo.

—¿Qué está pasando aquí? —les pregunté según me acerqué a ellos.

—Nada que competa a un empleado, ¿o tú no sabes que los trapos sucios se lavan en familia? —El tal Ronald, que de por sí parecía que vivía perpetuamente oliendo mierda, me miró con toda la desfachatez del mundo.

—Ignoraré eso que ha dicho. Ivonne, ¿puedes explicarme lo que está pasando? ¿Te ha hecho algo este hombre?

Se desmoronó, mi pregunta hizo que se desmoronara sin más.

—Ahora no —murmuró.

—¿Ahora no? ¿Y antes? ¿Te hizo algo en el pasado? —Se me iba la pinza de pensar que el tío aquel con gesto de degenerado le pudiera haber hecho daño.

—¿Yo? Jamás de los jamases —sentenció él con total rotundidad.

—No te estaba preguntando a ti. —Perdí las formas por completo y lo tuteé, aquel miserable escondía algo y yo no tenía que mostrarle ninguna cortesía.

—Se han perdido los modales en esta casa, me quejaré al anfitrión.

—Eso será si yo no te rompo antes las piernas. —Con un poco de mala suerte ese iba a pagar sus platos rotos y los de Benji, a quien me quedé con ganas de darle candela.

Creo que eso último requiere una matización. Yo no me tengo por un matón de tres al cuarto ni mucho menos. La violencia no forma parte de mi filosofía de vida, pero cuando veo a un hombre intentar sobrepasarse con una mujer, no me las pienso; entonces sí que puede salir una parte de mí que ni siquiera yo las tengo todas conmigo de poder controlar.

—¿Me estás amenazando, muerto de hambre? —me preguntó con toda la sorna del mundo.

—No te estoy ni teniendo en cuenta, así que cierra tu asquerosa boca de una vez. Ivonne, dime si este hombre te ha hecho daño alguna vez —insistí.

—¿Ronald? Ronald es un caballero y jamás hubiera osado faltarle a mi hija en ningún sentido. —La madre de Ivonne era la que faltaba por aparecer y no tardó en hacerlo.

Se conoce que echó de menos a su hija y a Ronald y, sabiendo lo que sabía, no tardó en buscarlos.

—¡¡Eso no es verdad, mamá, mientes!!!

El grito de Ivonne resonó hasta el punto de que los tres nos quedamos anonadados.

—Pero hija, ¿vas a empezar otra vez con ese cuento? ¿Cuántas veces tengo que decirte que esas cosas las soñaste? Que tú debes ser un poco sonámbula, Ivonne, ¿o es que no te das cuenta?

—Sonámbula y mentirosa, cariño, te lo he dicho muchas veces —añadió Ronald a su mujer y yo pensé que era hombre muerto.

—Mentiroso lo serás tú, ¿o es que crees que no me acuerdo de que entrabas muchas veces en mi dormitorio e intentabas propasarte conmigo? Suerte que yo estaba alerta y te cagabas de miedo cuando te plantaba cara, por si se lo decía a mi padre, pero aun así tenía que soportarte a baba caída mirándome —le contestó una iracunda Ivonne.

Lo que me cayó a mí encima en ese momento fue una losa, con la que lo hubiera aplastado, por cierto.

—¿Qué dices, hija? Ronald nunca te ha mirado así, ni ha hecho ninguna de esas cosas. Yo no te he criado para que seas una cizañera, no puedes imaginarte el daño que me haces al decir eso.

—¿Una cizañera? Mamá, no sabes lo que hubiera dado porque me creyeras una sola vez de las que te supliqué que lo hicieras, no lo sabes...

Vi a Ronald retroceder unos pasos y no me lo pensé. Mi cara iba de un lado a otro, escuchando lo que ambas tenían que decir, pero mi puño fue directo a su nariz. Y, si no llega a ser por la certera intervención de Peter en ese momento, aquello pudo acabar en tragedia.

Resulta que los gritos se habían escuchado en la mismísima fiesta y mi amigo entendió que la cosa podía ponerse calentita, por lo que acudió veloz, como hubiera hecho yo en su lugar.

Nunca le había costado hacerme cambiar de opinión, pero en esa ocasión me negaba a dejar de darle leña al mono aquel de goma que estaba hecho Ronald, tirado en el suelo.

Cuando por fin Peter lo consiguió, miré también con total desprecio a la que iba a ser mi suegra.

—No sé qué clase de madre es usted, supongo que una de esas que creen que la maternidad solo consiste en parir. No puedo entender cómo no defendió a su hija, ¿sabe lo que ha sufrido Ivonne desde entonces? ¿Sabe por todo lo que ha tenido que pasar? ¿Sabe que incluso pudo costarle la vida?

Lo dije en referencia al suceso de aquella noche con Benji. Ahora lo entendía todo, en él buscaba la evasión, sentirse distante de un lujoso mundo en el que, no obstante, se había sentido desprotegida por completo. Y todo por no delatar al marido de su madre y exponerla a ella. Ivonne le había mostrado unos valores a esa mujer que no se merecía, pues ella solo había mirado para sí, ignorando la dolorosísima realidad que había vivido su hija.

—¿Qué dices? ¿Qué sabrás tú de todo eso? Un simple guardaespaldas, un mindundi, un metomentodo que...

—Que me quiere mamá, que me quiere, ya que Darío es mi novio.

A la mujer le faltó que los ojos se le salieran de las órbitas, pero yo diría que al menos un buen puñado de vueltas sí que dieron en sus cuencas. O sería mi imaginación, porque aquella realidad superaba la ficción.

—¿Darío es tu novio? —Sí que faltaba un protagonista por llegar al escenario y lo hizo en ese momento, su padre.

—Sí, papá. Darío es el hombre al que amo y que me ha ayudado no sabes cuánto, ya que este otro gusano —señaló a Ronald—, ha intentado abusar de mí durante años.

Si yo le había dado lo suyo, Don Felipe lo remató con una patada en los cataplines que ninguno pudimos evitar. O, mejor dicho, no quisimos.

—Hijo de puta, sal de mi casa o te mato —le chilló al mismo tiempo que el otro, retorcido por el dolor, intentaba levantarse.

Mientras, Peter contuvo a la muchedumbre. Todos sabían que allí estaba ocurriendo algo y

gordo, pero no su calibre ni naturaleza. Y así debería seguir siendo por el bien de Ivonne.

Epílogo



5 años después...

—¿Y ahora, crees o no en las promesas? —le pregunté a Ivonne mientras salíamos de aquella preciosa iglesia en Roma en la que acabábamos de casarnos.

—Claro que creo, amor, claro que creo —me respondió ella mientras se preparaba para encarar los cientos de flashes de los paparazzi que se agolpaban en la entrada.

5 años después del inicio de nuestro noviazgo, yo tenía la dicha de que mi ya mujer me hubiera dado el “sí, quiero” en la misma ciudad en la que hicimos nuestro primer viaje.

Después de la fiesta de aquella noche, partimos hacia la capital italiana con la bendición de Don Felipe, que vio lo nuestro con los mejores ojos.

—Hijo, yo nunca me hubiera opuesto al amor de mi hija con el hombre que ella eligiera, pero después de saber que más que su guardaespaldas has sido su ángel de la guarda, es que para mí representa un honor —me confesó por aquel entonces.

Pues no imaginaba él entonces lo que representaba para mí contar con su apoyo en la empresa que más me ilusionaba en el mundo; la de enamorar cada día más a Ivonne.

Don Felipe la llevaba del brazo en un día, el de nuestra boda, en el que faltaba su madre, pues aquella mujer no había abierto los ojos ni siquiera después de lo sucedido. Por esa razón, la relación entre ambas se rompió de manera definitiva, pues Ivonne quiso sacar de su vida todo lo que tuviera que ver con un pasado del que deseaba sanar.

—Enhorabuena, hermano y cuñadita. —Eloísa tampoco cabía en sí de felicidad, de la mano de un Peter con el que también había pasado por la vicaría un par de años antes y sosteniendo en sus brazos a la pequeña Claudia, de seis meses de edad, a la que Sandro y Jimena, que ya estaban enormes, adoraban.

Por raro que pueda parecer, pese a convertirme en su pareja y ahora en su marido, yo seguía siendo el guardaespaldas de Ivonne y eso no iba a cambiar. Ni que decir tiene que mi suegro se empeñó en darme un cargo en la dirección de su empresa, un gesto que yo le agradecí enormemente, pero no lo veía.

Durante toda mi vida, la de guardaespaldas había sido mi profesión y ejercerla con Ivonne era para mí todo un placer. Además, entre nosotros, ¿creéis que podía confiar en el que alguien la escoltara mejor que yo? Imposible, podrían hacerlo bien, pero no con la diligencia que yo ponía en que no le rozara ni el aire.

Ivonne comenzó a sonreír a los chicos de la prensa, acercándose a ellos. En aquellos últimos años había aprendido a vivir entre focos y lo llevaba con todo el arte del mundo.

—Ivonne, ¡qué guapa! ¿Qué puedes decirnos sobre este día?

—¿Y qué queréis que os diga? Que con mi marido no solo me siento feliz, sino totalmente

segura, chicos.

Todos se echaron a reír mientras la fotografiaban. Si ya era una muñequita cuando la conocí, en aquellos años todavía ganó más en belleza, cosa que no creía que fuera posible.

Casarnos en Roma había sido todo un acierto, aunque nosotros nos sintiéramos dichosos en Madrid donde teníamos nuestra casa, que ella llamaba “el cuartel general”. Eso sí, a la que teníamos dos días libres, ya estábamos dando vueltas por todo el mundo, que eso se nos daba sensacional. Y Roma solía ser un destino al que acudíamos no pocos fines de semana.

Quien también nos sorprendió durante ese tiempo, al abrir su corazón, fue Don Felipe. Mi querido suegro se enamoró un buen día de una condesa alemana con la que también estaba prometido.

La condesa en cuestión, que en palabras de él otras muchas habilidades tenía, no aprendía una palabra de castellano ni a tiros, por lo que con ella habíamos de entendernos en inglés, lo que aportó un aire un tanto más internacional a la familia.

El asunto era que la condesa gracia tenía a esportones, de tal forma que no dudaba en hacerse notar en cualquier sarao. De hecho, nos recordaba (aunque en una versión joven y bella) a la aristócrata que escoltaba Peter, que ya hacía un par de años que había estirado la pata. Pero en ese caso definitivamente, aunque la mujer se llevó todo lo bueno que pudo de este mundo y un poco más.

Después de aquello, Peter pasó a encargarse de la seguridad de mi suegro, por lo que todo quedaba en familia, una familia que no solo ellos iban a agrandar. Y es que aquel día estaba destinado a depararme más de una sorpresa.

Ivonne llevaba un par de semanas notándose el estómago rarillo, algo que yo achaqué a los nervios por aquella multitudinaria boda, que poco tenía que envidiarle a una de las de la realeza, pero me equivoqué.

Fue justo a la hora de levantarse cuando me anunció su intención.

—Ya no puedo más, tengo una corazonada y voy a descubrirlo ahora mismo. —Mi cara debió ser alucinante cuando sacó aquel test de embarazo de la mesita de noche del hotel.

—¿Desde cuándo tienes eso preparado?

—Desde hace unos días, pero me lo voy a hacer ahora mismo.

No sé cómo pudimos casarnos esa mañana, aunque la novia llegó con una hora de retraso. Un retraso que fue consecuencia de otro... el que la alertó de que quizás a la cigüeña le hubieran dado nuestra dirección.

Su cara de alegría cuando me lo comunicó compitió con la que pusieron todos los nuestros cuando ella se subió, en pleno convite, al escenario en el que más tarde tocarían los músicos para darles la noticia.

No podía sentirme más feliz ni más orgulloso, ¡cuánto había llovido desde la época en la que le daba pavor hablar en público!

Los aplausos y los vítores no se hicieron esperar ante tan preciosa noticia y eso sí que la puso un poco nerviosa, lo que le hizo dar un traspiés al bajar del escenario.

Cómo no, yo estaba allí para sostenerla y acabó entre mis brazos, sana y salva.

Aprovechó para besarme y yo le correspondí con un millón de besos más, como al principio, como todos aquellos años, como ese día, como sería siempre... De guardaespaldas de Ivonne había pasado a ser el hombre que se moría por alegrarle el alma, el amante que encendía noche a noche para ella las llamas de la pasión, y el padre que también velaría cada día de su vida por la seguridad de sus hijos.

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado mi novela, no olvides dejarme tu comentario en Amazon. Puedes encontrarme en mi Facebook: [Manu Ponce](#). Y en mi Instagram: @manu.ponce.escriptor

Con mucho cariño,

Manu Ponce.

Más de mis novelas haciendo clic en el siguiente enlace: <http://relinks.me/ManuPonce>